

Partenio, Florencia. **Género y participación política: Los desafíos de la organización de las mujeres dentro de los movimientos piqueteros en Argentina.** Informe final del concurso: Las deudas abiertas en América Latina y el Caribe. Programa Regional de Becas CLACSO. 2008.

Disponible en: <http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/becas/2008/deuda/partenio.pdf>

www.clacso.org

RED DE BIBLIOTECAS VIRTUALES DE CIENCIAS SOCIALES DE AMERICA LATINA Y EL CARIBE, DE LA RED DE CENTROS MIEMBROS DE CLACSO

<http://www.clacso.org.ar/biblioteca>

biblioteca@clacso.edu.ar

Género y participación política: Los desafíos de la organización de las mujeres dentro de los movimientos piqueteros en Argentina

Florencia Partenio *

Introducción:

A fines de la década del noventa se multiplican las expresiones de conflictividad caracterizadas por la proliferación de novedosas formas de manifestación del descontento social. Las nuevas condiciones de funcionamiento de la economía debilitaron el éxito de los formatos tradicionales de la protesta, como las manifestaciones encabezadas por sindicatos y partidos políticos (Palomino, 2005). Las huelgas pierden centralidad pero coexisten con el nuevo cuadro de protestas protagonizadas por los/as excluidos/as del modelo (Lobato y Suriano, 2003). En efecto, desde mediados de los noventa los cortes de rutas y de puentes se instalan como una de las formas privilegiadas de denuncia de los efectos de las políticas neoliberales sobre los sectores pobres y empobrecidos de la sociedad.

Como un modo de reconstruir los rostros que protagonizaron la cartografía de estas protestas, podríamos comenzar por resaltar la presencia mayoritaria de las mujeres en las puebladas, en los movimientos piqueteros (Andújar, 2005; 2006; Cross, 2006), en los movimientos que impiden los remates de campos (Bidaseca, 2003), entre otros procesos de movilización. A partir de los acontecimientos de diciembre de 2001, desde algunos estudios se destaca la participación de las mujeres de sectores medios en los movimientos asamblearios (Di Marco et. al., 2003) y de las trabajadoras de fábricas y empresas recuperadas (Partenio, 2005; Partenio y Fernández Álvarez, 2007).

En este marco, los movimientos de trabajadores/as desocupados/as –también llamados piqueteros- se constituyeron en uno de los focos de resistencia más importantes frente al crecimiento del desempleo, la desigualdad y la pobreza. Estos movimientos se presentaron a sí mismos como una alternativa a las prácticas corruptas de las instituciones políticas tradicionales. Desde sus orígenes, la participación de las mujeres ha sido ampliamente mayoritaria en las actividades cotidianas, asumiendo diferentes roles en los espacios de trabajo comunitario relacionados con la reproducción material de la organización, por ejemplo en los comedores, en la administración de los programas sociales, en los “roperos sociales”¹, etc. Su presencia también es numerosa en los “cortes y piquetes”, en las manifestaciones callejeras, en los “acampes” en plazas y frente a edificios públicos. En tanto, en lo que respecta a la estructura organizativa de los movimientos, muy pocas mujeres alcanzan las posiciones de dirección o conducción (Partenio, 2005).

Al interior de algunos movimientos piqueteros, las mujeres comenzaron a reunirse para discutir las problemáticas que se les plantea al momento de participar en instancias de dirección política. Estos primeros encuentros han dado origen a *espacios* -específicos- *de mujeres*, en los cuales se juntaban para tratar cuestiones que no eran abordadas en los movimientos, pero que las preocupaban y eran comunes a muchas de ellas y a muchas otras mujeres del barrio. De esta forma, se fue delineando una suerte de *agenda de género* que dio nuevo impulso a estos *espacios de mujeres*. Estos tópicos se

* Socióloga, Centro de Estudios e Investigaciones Laborales (CEIL-PIETTE). Doctoranda en Ciencias Sociales, UBA. Docente del Ciclo Básico Común (UBA).E-mail: fpartenio@hotmail.com.

¹ Los términos y expresiones entre comillas refieren a términos nativos.

relacionaban especialmente con cuestiones tales como salud sexual y reproductiva, violencia de género y aborto. En estudios anteriores (Cross y Partenio, 2005) planteamos que en estos *espacios* se abría una posibilidad de encuentro entre aquellas que comienzan a compartir y a visualizar sus problemas en tanto mujeres, pobres y desocupadas. Cada uno de estos espacios recibió un nombre específico, según la organización a la que pertenecía: en la Corriente Clasista y Combativa (CCC) se crea la “Casa de la Mujer” de la “filial de La Matanza” de la organización Amas de Casa del País; en el caso de la Federación de Tierra, Vivienda y Habitat (FTV), se organiza la “Secretaría de Género e Igualdad de Oportunidades”; en el Frente Popular Darío Santillán (FPDS) se forma el “Espacio de Mujeres”.

Algunos estudios ya han señalado una tensión -que atraviesa a otros movimientos sociales- frente a la posibilidad de tratar temas referidos a la equidad de género, salvo en aquellos casos referidos a situaciones de violencia doméstica, donde se suele manifestar una mayor receptividad (Di Marco et. al., 2003). En esta dinámica, al interior de los movimientos, se crearía un proceso de *jerarquización de las demandas* que subraya la preeminencia de la condición de pobreza como “eje de lucha”, y que daría lugar a la constitución de “agendas y modelos de participación generizados” (Cross, 2006: 201), dado que si las mujeres participan de las instancias en las que se definen algunos aspectos políticos de la acción, las cuestiones que ellas abordan en su *espacio* específico, no son fácilmente retomadas dentro de los temas a tratar en estos “plenarios generales” o “asambleas”. En este sentido, estos estudios advierten sobre los riesgos de *encapsulamiento* de las demandas de mayor participación, que fueron las que motivaron la creación de *espacios de mujeres* en los movimientos piqueteros (Cross y Freytes Frey, 2006). Para indagar sobre estas formas de participación en América Latina, Molyneux distinguió a los movimientos de mujeres por haber sido creados de manera *independiente*, de manera *asociativa* o en función de un modelo *dirigido*, es decir impulsado por los dirigentes (varones) de un determinado movimiento². Esta caracterización se convierte en un aporte para reflexionar sobre las formas de organización, aún cuando encontramos en la bibliografía relevada sobre el caso argentino (Cross, 2006), advertencias acerca de que estas maneras pueden coexistir en experiencias similares a la que me encuentro estudiando en el presente trabajo.

En este sentido, mis preguntas se orientan a reconstruir las condiciones que llevaron a la creación del “Espacio de Mujeres del Frente Popular Darío Santillán”, considerando sus *prácticas* y formas de construcción como colectivo de mujeres, pero, a la vez, registrando las *experiencias* singulares de las mujeres que participan en el mismo. Al mismo tiempo, estos interrogantes reenvían al análisis de las interacciones generadas a partir de la organización de las mujeres en un *espacio propio* dentro de un movimiento social, pero también con las organizaciones que trabajan en instancias de *articulación* (por ejemplo, del movimiento de mujeres y del feminismo).

En referencia a la participación de las mujeres en el movimiento y en la creación de un *espacio* específico, reaparecen las tensiones que marcan los límites de lo que es considerado como *femenino* y como *masculino*, y que responden a las representaciones (ideológicas) dominantes del género (Segato, 2003). En los primeros testimonios relevados, las mujeres expresaban sus dificultades para participar en los ámbitos de coordinación y decisión del movimiento, en frases como “la política es territorio de los hombres” o “está más permitido en los varones que en nosotras”. En estas

² De esta manera, los movimientos creados conforme a este modelo, se encuentran permanentemente sometidos a las presiones de la dirigencia -masculina- en pos de “subordinar los derechos de la mujer a otras prioridades” (Molyneux, 2003:13).

representaciones -que aparecen impregnadas de papeles generizados- la agencia, la fuerza y la participación en política surgen asociadas a *lo masculino*. Pero ¿cómo podemos comprender esta determinación de lugares para mujeres y varones si no es a través de la comprensión de una estructura jerárquica de género que ordena las posiciones? Esta pregunta atraviesa los apartados que componen el presente estudio que se propone comprender, profundizar y abrir nuevos interrogantes sobre las cuestiones abordadas en esta investigación³, que reconstruye una experiencia reciente pero a su vez, recorre preguntas clásicas del feminismo y de los estudios de género sobre la participación política de las mujeres en los movimientos sociales (Jelin, 1987, Luna, 2004; Molyneux, 2003; Masson, 2006).

El método de investigación propuesto en el presente trabajo es el *estudio de caso* (Coller, 2000). En efecto, en este caso se estudia cómo se construyen sentidos en torno a la participación política y a las *prácticas* desarrolladas por las y los participantes de la organización, así también como la forma en que las *prácticas* desarrolladas en torno al *espacio de mujeres* son incorporadas a las demandas y luchas del movimiento piquetero.

Durante el trabajo de campo, he realizado entrevistas en profundidad con mujeres y varones voceros/as, “referentes” y “responsables” de “áreas de trabajo”; también con mujeres pertenecientes a distintas organizaciones del FPDS y participantes del “Espacio de Mujeres” (EM). A su vez, he realizado *observación participante* en actos, “talleres”⁴ y encuentros del EM, movilizaciones, encuentros de “formación”, piquetes, “plenarios” y festivales del movimiento. Por último, he recurrido al análisis documental de los materiales emitidos por el FPDS y por el EM (boletines, memorias, gacetillas, “volantes”, prensa del movimiento, comunicados, etc.).

El presente artículo se encuentra organizado en cinco apartados. En primer lugar, comenzaré por inscribir el escenario en el cual surgen las organizaciones piqueteras, recuperando aquellos enfoques que han problematizado las relaciones de género y la construcción de liderazgos dentro de las mismas, al tiempo que presentaré las herramientas teóricas para abordar estas cuestiones. Luego de esta revisión me detendré en reconstruir los orígenes del caso en estudio, recuperando la historia del grupo que inició las primeras acciones, los obstáculos que se presentaron y las estrategias delineadas. En tercer lugar, me concentraré en analizar las *prácticas* que se proponen desde el EM, como las implicancias, tensiones y desafíos que se generan. En cuarto lugar, mis preguntas se orientarán a (re)pensar las formas de construcción de las demandas al interior del movimiento y su vinculación con las luchas por la *redistribución* y el *reconocimiento*. Por último, presentaré algunas consideraciones finales para continuar reflexionado sobre las cuestiones trabajadas.

La participación de las mujeres en los movimientos piqueteros:

Escenarios de la conflictividad: desempleo y participación en los procesos organizativos

Como ya se mencionó, los movimientos piqueteros se constituyeron en uno de los principales protagonistas de los procesos de movilización popular desde mediados y fines de la década del noventa, y su rol fue crucial en la politización del desempleo.

³ Quiero agradecer a Patricia Dávalos por sus aportes y por su guía metodológica durante la investigación. A las/os compañeras/os del Seminario Virtual de CLACSO, por el intercambio y las sugerencias. A Fernanda Carrizo y a Cecilia Cross por los comentarios a las versiones preliminares de este trabajo. Especialmente expreso mi profundo agradecimiento a las/os entrevistadas/os, que me brindaron su tiempo. Por último, mi reconocimiento a las mujeres del “Espacio” por su generosidad y coraje.

⁴ Me refiero a talleres de “formación política” con participación mixta y a los “talleres” realizados en el marco del “Espacio de Mujeres”, en los cuales también se utilizan técnicas de educación popular.

La intervención estatal en materia de políticas públicas se apoyó en concepciones privatistas y desreguladoras de las protecciones sociales del sector asalariado e impulsó políticas de focalización y compensación para quienes se encontraban “fuera” del mercado laboral o carecían de recursos económicos. En este marco, y siguiendo las recetas de los organismos internacionales de crédito –como el Banco Mundial y el Banco Interamericano de Desarrollo- la política social focalizada implementada para paliar –escasamente- el aumento de la pobreza y la indigencia ha tenido como principales “beneficiarias” a las mujeres⁵. De esta manera, desde mediados de los noventa, la intervención del Estado en materia de desempleo, se concentró en la implementación de programas de “ocupación transitoria” (los llamados “planes”) y de programas alimentarios que tendían a enfrentar la “emergencia”.

La demanda de planes sociales⁶, expresada por las organizaciones piqueteras⁷, se inscribió en una estrategia orientada a paliar los efectos de la crisis, sin abandonar en ningún momento la demanda por *trabajo digno* como horizonte. En el marco de esta lucha, las organizaciones expandieron su creatividad para obtener cada vez más recursos y capitalizarlos como herramienta de movilización y búsqueda de alternativas extra-mercantiles frente al desempleo, tales como la constitución de “emprendimientos sociales productivos”. Asimismo, a partir de las actividades enmarcadas en la “contraprestación”⁸ se avanzó en el desarrollo de capacidades individuales y colectivas que afianzaron su presencia territorial⁹. La expansión y sostenimiento de centros comunitarios en los que se ofrecía alimentos, ropa reacondicionada, actividades culturales, apoyo escolar, “talleres” de capacitación en oficios y formación política a partir del “trabajo” de los/as “beneficiarios/as”, constituye una evidencia en este sentido (Cross, 2007).

⁵ Al igual que en otros países de América Latina, desde estas recetas, se promovieron programas focalizados en la población femenina definida como “vulnerable”, con el fin de contribuir al -supuesto- *empoderamiento* de las mujeres (León, 1997). En referencia a ello, considero importante revisar críticamente la categoría de *empoderamiento* y su reapropiación por parte los organismos internacionales de crédito, marcando los efectos que estas formas de intervención han tenido en los contextos locales.

⁶ Según los datos del Ministerio de Trabajo, menos del 10% de los planes de empleo se encontraban en manos de las organizaciones piqueteras, mientras que el resto se gestionaba desde las administraciones municipales. En el caso del “Plan Jefes y Jefas de Hogar” (PJyJHD), la mayoría de las beneficiarias eran mujeres.

⁷ En este punto, es importante marcar la diversidad ideológica de estas organizaciones y de experiencias políticas previas, la heterogeneidad de sus tamaños y los conflictos internos y escisiones sucedidas a lo largo de los últimos años (Cross, 2007)

⁸ Los programas sociales que otorgaban subsidios al desempleo (“planes”) estipulaban que los/as “beneficiarios/as” prestaran una contraprestación laboral de hasta cuatro horas, la cual podía ser realizada en “tareas comunitarias”. Al respecto ver el trabajo de Cross y Freytes Frey (2007).

⁹ En este punto, es importante destacar los cambios en las políticas sociales a partir de mayo de 2003, con los consecuentes efectos en las dinámicas de estas organizaciones. En este nuevo contexto, y en el marco de denuncia de los “efectos devastadores” del neoliberalismo, el gobierno de Kirchner define que su política social adoptará un *enfoque productivista*. Para ello se implementaron medidas tendientes a discontinuar el PJyJHD, y a la vez se lanzaron programas que retoman la propuesta de la *economía social*. En función de este diseño, se prohibió la incorporación de nuevos/as beneficiarios/as PJyJHD y se implementaron medidas para transferir a los/as vigentes en función de su potencial “empleabilidad” y “voluntad de trabajar”. De esta forma, los/as considerados/as como empleables recibirán “capacitación laboral” y un subsidio fijo por el lapso de dos años. Como parte de este proceso, los/as otros/as – mayoritariamente mujeres- están siendo orientados/as en la actualidad a inscribirse en el “Plan Familias”, que otorga un subsidio variable en función de la cantidad de hijos/as a cargo. Atravesado por un fuerte sesgo de género, desde los lineamientos del programa no se exige una “contraprestación” por parte de las mujeres, ya que sólo deberán acreditar que los/as menores acuden a la escuela y completaron el plan de vacunación.

En referencia a la participación política de las mujeres, desde algunos estudios centrados en las organizaciones piqueteras ubicadas en el Área Metropolitana de Buenos Aires (Cross, 2006), se ha destacado que muchas veces esta participación aparece como resultado de las dificultades de los varones de la familia de hacer frente al sostenimiento del hogar. En este marco, el acceso a un plan social representa en estos casos el único ingreso seguro del grupo familiar, lo cual supone para las mujeres un cambio de hecho en su rol al interior del hogar. En este sentido, el “plan” permite “legitimar” frente a los demás integrantes del hogar el “supuesto abandono” de las responsabilidades domésticas otorgando una “relativa independencia” a estas mujeres. No obstante, la autora nos advierte que éste “no siempre resulta suficiente para romper con los roles tradicionales” (Cross, 2006: 151), asociados al cuidado de los otros. Al mismo tiempo, dentro de la dinámica organizativa de los movimientos, se visualiza una división generizada de las tareas, donde las mujeres comenzaron por encargarse de aspectos vinculados a la gestión de la política social, la atención de los comedores y roperos comunitarios, dificultando su participación en ámbitos de representación y dirigencia política dentro de su movimiento (Partenio, 2005).

Estos rasgos sobre la participación femenina en los movimientos piqueteros también han sido analizados por Andrea Andújar (2005; 2006), en las organizaciones surgidas en Salta, Jujuy y en las puebladas de Cutral-Có y Plaza Huincul¹⁰. Marcando importantes diferencias con respecto al resto de los estudios sobre estas primeras movilizaciones de desocupados/as, problematiza las relaciones de género y la participación de las mujeres piqueteras. En su estudio, analiza como la desestructuración de las condiciones socioeconómicas de vida construidas alrededor del *mundo ypefeano* tuvo un *impacto genéricamente disímil*, en el cual “mujeres y varones no vivieron de igual manera este proceso y tampoco fueron iguales las respuestas que unas y otros articularon frente a él” (Andújar, 2006: 54). Sin embargo, la autora destaca un rasgo común –que podemos encontrar en las organizaciones del AMBA- advirtiendo que a pesar de su elevada presencia y participación, solo algunas mujeres ocupan lugares de dirección al interior de sus organizaciones.

¿Cómo pensar la participación de las mujeres en las luchas sociales?: los aportes de las teorías feministas

Para poder responder a los interrogantes planteados, retomaré los estudios de Rita Segato (2003) para comprender las complejas relaciones entre *patriarcado*, relaciones de géneros y organización de posiciones jerárquicamente marcadas.

De esta forma, la pregunta -que hacíamos en la introducción- por la determinación de las posiciones jerárquicamente marcadas nos reenvía a interrogarnos por los orígenes de la saga cultural que le otorga más valor a una palabra que a otra, y en la cual hay lugares de mayor poder y prestigio (representados en *posiciones masculinas*), y lugares de subalternidad (representados en *posiciones femeninas*). Al hablar del *patriarcado* como régimen simbólico, Segato (2003) hace referencia a la organización del campo simbólico de la prehistoria de la humanidad, en la cual vivimos actualmente; distinguiendo el nivel del *patriarcado simbólico*, del nivel de los discursos y representaciones (ideología de género dominante) y del nivel de las prácticas (que se encuentran encuadradas por un discurso de género que las restringe y coacciona).

¹⁰ Surgidas entre 1996 y 1997 en las provincias de Neuquén y Salta, las luchas que llevaron a la construcción de estos movimientos encuentran un *anclaje común* a partir de la desestructuración de mundo construido alrededor de la empresa petrolera estatal YPF (Andújar, 2006).

Como una de las formas de adentrarnos en la gramática del *patriarcado*, rescato como documento un libro titulado “Tierra piquetera” (2004), en el cual se compilan imágenes tomadas por dos fotografías del FPDS. Una serie de fragmentos muy cortos acompañan las fotografías, que en una de sus páginas anuncian: “Cuando se cuenta la historia de un movimiento, generalmente se la cuenta desde los hombres. Esta vez hemos elegido contarlas desde las mujeres, quienes son mayoría en el movimiento.”¹¹

Esta frase se presenta como un disparador para pensar en las *historias femeninas y masculinas*, y así retrotraernos a los mitos que en cada cultura son narrados con significante masculino y que establecen una gramática de la desigualdad y la usurpación. Y es a través de la *narración mítica* que podemos visualizar los elementos que componen esa *primera escena fundadora* donde la ley¹² es instaurada por una figura que es, al mismo tiempo, abstracta y masculina. En esa *primera escena* de socialización, que Silverman (1992) llama *ficción dominante*, se aprehende la *gramática patriarcal*, donde se determina que papel tiene más valor y prestigio diferencial frente a *otros subalternos*. Mas allá de la cultura de la cual estemos hablando, según Segato, “podría decirse que la estructura, a partir de la primera escena en que participamos (la escena familiar –o sustituta- primigenia, no importa la cultura de que se trate o el grado de desvío en relación con el patrón social vigente en una cultura particular) se reviste de género, emerge en caracterizaciones secundarias con los rasgos del hombre y la mujer o con los gestos de la masculinidad y la femineidad en personajes dramáticos que representan sus papales característicos” (2003: 57). Esta *primera escena* mítica, familiar y primaria se reedita en escenas posteriores que se manifestarán en nuevas relaciones de poder, pero que responden a una *narrativa-maestra* autorizada. Es así como, a través de la encarnación en “[...] actores sociales o en personajes míticos, los géneros constituyen una emanación de posiciones en una estructura abstracta de relaciones, fijada por la experiencia humana acumulada en un tiempo muy largo que se confunde con el tiempo filogenético de la especie. Esta estructura impone al mundo una ordenación jerárquica y contiene la simiente de las relaciones de poder en la sociedad” (Segato, 2003: 57). De esta forma, el orden patriarcal se instituye, como sostiene Segato, a partir de una *maniobra artificiosa e ilegítima* que necesita para su reproducción cotidiana alimentarse de *violencia instauradora*.

En este sentido, cuando hablamos de *patriarcado* nos remitimos a la definición que propone Segato, al hablar del *orden de estatus* en el caso del género, como una “estructura de relaciones entre proposiciones jerárquicamente ordenadas que tiene consecuencias en el nivel observable, etnografiable, pero que no se confunde con ese nivel fáctico, ni las consecuencias son lineales, causalmente determinadas o siempre previsible. Aunque los significantes con que se revisten esas posiciones estructurales en la vida social son variables, y la fuerza conservadora del lenguaje hace que los confundamos con las posiciones de la estructura que representan¹³ [...] el análisis debe exhibir la diferencia y mostrar la movilidad de los significantes en relación con el plano estable de la estructura que los organiza y les da sentido y valor relativo” (2003:14).

Retomando esta perspectiva de análisis, las preguntas que surgen frente al caso que me propongo analizar se refieren a pensar las condiciones en cuales se construyen *prácticas*

¹¹ En este libro se recopilan fotografías de movilizaciones, “asambleas”, “piquetes”, barrios de los distintos MTD, algunos de ellos forman parte del FPDS.

¹² La instauración de la ley aparece en los trabajos de Godelier sobre la narrativa secreta de los Baruya de Nueva Guinea o en el mito lacaniano (Segato, 2003).

¹³ Este fenómeno es llamado -en inglés- *conflation* o también podríamos hablar de *abrochamiento*, es decir, abrochar significados en cuerpos marcados por la genitalidad.

que apuntan a desgastar y desestabilizar “lo establecido y autorizado”, en términos de una *narrativa-maestra autorizada* (Segato, 2003) que estructura jerarquías en la sociedad. Y siguiendo esta línea, pensar cual son las relaciones entre las *experiencias* singulares de participación y la construcción de estas *prácticas*.

Las mujeres se organizan dentro del movimiento

Del movimiento al Frente: Los orígenes

Para reconstruir la historia del movimiento que agrupa a los/as trabajadores/as desocupados/as en el Frente Popular Darío Santillán, es necesario remontarse a los nacientes Movimientos de Trabajadores Desocupados (MTD), que congrega a las primeras organizaciones barriales surgidas durante 1996 y 1997¹⁴ en Florencio Varela y de San Francisco Solano (Partido de Quilmes), zona sur del Gran Buenos Aires.

Posteriormente estos movimientos sufren divisiones y nuevos reacomodamientos. A principios del 2000, nace el MTD de Almirante Brown y posteriormente la Comisión Vecinal -que ya venían trabajando en sus barrios - forma el MTD de Lanús; estos MTD comienzan a coordinar acciones junto a los anteriormente mencionados MTD de Florencio Varela y de Solano y otras organizaciones territoriales de la zona sur. En estas primeras organizaciones, se pueden identificar la participación de militantes sociales y políticos con distintas trayectorias, como ex-militantes de la década del setenta, estudiantes universitarios/as, laicos/as y párrocos que habían participado en la experiencia de las Comunidades Eclesiales de Base y de los procesos de tomas de tierra desarrolladas en algunos barrios durante los ochenta¹⁵.

El avance en distintas coordinaciones previas¹⁶ y la creación de nuevos MTD, nos lleva a rastrear los antecedentes de lo que a mediados de 2001 se conoce como “Coordinadora Aníbal Verón” (CAV)¹⁷, conformada por las CTD vinculadas a la agrupación Quebracho y los MTD autónomos. Estos últimos se van a caracterizar por el desarrollo de un trabajo territorial, que implica la circunscripción del trabajo político en una escala

¹⁴ Durante este año, se conforman los denominados MTD Teresa Rodríguez, llevando adelante los primeros cortes en Florencio Varela, Hurlingham, Mar del Plata y Solano, para exigir al gobierno los planes sociales y asumiendo la consigna por “Trabajo, dignidad y cambio social”. Por esta época también puede rastrearse el origen del Movimiento Teresa Rodríguez (MTR), cuyos comienzos también se ubican en la creación de estos primeros MTD Teresa Rodríguez y que posteriormente sufre distintas divisiones. Para un análisis más exhaustivo, consultar los trabajos de Svampa y Pereyra (2003) y de Pacheco (2004).

¹⁵ La primera asamblea de vecinos que daría origen a los MTD, tuvo lugar en agosto de 1997 en Solano, después de una misa dominical. Los “fundadores” eran un grupo de catequistas y laicos de una parroquia católica de la ciudad de Quilmes, la mayor parte de los cuales eran mujeres. Se trató de una comunidad que mantuvo relaciones con las comunidades eclesiales de base desde los años ochenta. Recordemos que un grupo de similares características apoyó la toma de tierras en Solano y colaboró e impulsó la formación de los asentamientos en La Matanza.

¹⁶ Entre ellas, la llamada “Coordinadora Sur”, en las que confluyeron el MTR, los MTD Teresa Rodríguez de Solano y de Varela, el MTD Lanús, el MTD de Almirante Brown, las CTD de Lanús, Quilmes y La Plata, entre otras agrupaciones.

¹⁷ La muerte de cuatro trabajadores desocupados en el marco de la represión policial, marca la historia de esta organización, que llevan en su denominación el nombre de un trabajador desocupado llamado Aníbal Verón, muerto en General Mosconi, en noviembre de 2000, tras la represión de un corte de la ruta 34. El 6 de febrero de 2002, durante un piquete situado en la ruta 205 en la ciudad de El Jagüel, es asesinado Javier Barrionuevo, un trabajador desocupado que participaba del piquete. Los otros dos casos son los de Maximiliano Kosteki y Darío Santillán, quienes fueron acibillados por la policía provincial, el 26 de junio de 2002, en momentos en que numerosas organizaciones realizaban un corte del puente Pueyrredón, en el límite de la ciudad de Buenos Aires con la provincia de Buenos Aires; este último acontecimiento se recordará como la “masacre de Avellaneda”. Para profundizar sobre los hechos del 26 de junio, consultar la investigación publicada por el MTD Aníbal Verón (2003).

local o regional (Svampa y Pereyra, 2003). A pesar de sus proyectos y orientaciones políticas distintas, las CTD y los MTD, funcionaron en base al acuerdo en algunos puntos (como la metodología de lucha) y el rechazo común a participar en las elecciones. La CAV no se planteó como la reconfiguración de organizaciones (partidarias, sindicales, territoriales) preexistentes, sino como una instancia de articulación entre organizaciones territoriales heterogéneas que ya habían adoptado al desempleo como “eje de lucha” y que buscaban posicionarse frente a la posibilidad que ofrecían los “planes sociales”. Luego de la “masacre de Avellaneda” en junio de 2002, se profundizan ciertas diferencias al interior de la CAV, que la terminan dividiendo en dos grandes movimientos: por un lado, la CTD y por el otro lado, los distintos MTD reagrupados en un “espacio común”: el MTD Aníbal Verón, conocido también como “la Verón”. En esa “coordinación”, se reivindica una consigna que acompañaba los orígenes de la lucha por “Trabajo, dignidad y cambio social” y se mantienen los “principios orientadores” con los que los distintos MTD se reconocían como parte de un mismo proceso de movilización y buscaban diferenciarse de otras organizaciones políticas. Estos últimos involucraban en primer lugar la “autonomía” definida como independencia del Estado y sus instituciones, de los partidos políticos, de las estructuras sindicales, y de las Iglesias. La “coordinación” se presentaba como opuesta a la “centralización de las decisiones”, otorgando preeminencia a las “asambleas” de los MTD por sobre las reuniones de “comisión” y ofrecía la posibilidad de “coordinar la acción con otros movimientos populares que expresen objetivos comunes”. Este principio era reforzado por el de “respeto por los acuerdos y la diversidad”. Asimismo, uno de dichos principios establecía las formas de intervención públicas definidas como de “confrontación, acción directa, lucha popular” y “rechazo a la contienda electoral” y las de construcción de los vínculos entre participantes bajo la fórmula “desarrollo territorial, organización de base, formación popular, prácticas democráticas de funcionamiento” (Colectivo Situaciones, 2002; Mazzeo, 2004).

En el transcurso del período 2002-2003, tres MTD¹⁸ abandonan este espacio. A fines de 2003, dentro de “la Verón” las diferencias en cuanto a las formas de funcionamiento y postura frente al Gobierno nacional se vuelven insostenibles y el movimiento sufre una nueva fractura, que termina dando lugar a dos líneas bien definidas: Por un lado, el MTD Aníbal Verón¹⁹ que tiene como epicentro al Partido de Florencio Varela pero también agrupa a organizaciones territoriales de otras zonas del AMBA; por otro lado, a los MTD organizados en torno a la creación del Frente Popular Darío Santillán a principios del año 2004. Estas divisiones y reacomodamientos deben enmarcarse en un contexto de *fragmentación organizacional* que se evidencia en las diferentes organizaciones piqueteras a partir del 2003 (Svampa, 2004).

En la conformación del FPDS se fueron agrupando distintas organizaciones que le dieron forma a un espacio “multisectorial”, mayoritariamente conformado por los MTD junto a otras organizaciones barriales y de trabajadores/as desocupados/as desarrolladas en la zona sur del conurbano bonaerense²⁰ y de la Capital, hasta organizaciones de estudiantes universitarios²¹ y agrupaciones de trabajadores asalariados, rurales y cooperativas de trabajo²². En relación a su presencia nacional, una serie de

¹⁸ Solano, Guernica y Allen.

¹⁹ En adelante nos referiremos a este sector como MTD Aníbal Verón (MTD AV).

²⁰ Actualmente está conformado por organizaciones de desocupados/as de Esteban Echeverría, Quilmes, Florencio Varela, Alte. Brown, La Matanza, Lanús, Lomas de Zamora, Guernica, Ezeiza, La Cañada, La Plata y Berisso

²¹ Agrupaciones estudiantiles universitarias de La Plata, Luján y Tandil.

²² Donde participan agrupaciones de La Plata, Quilmes, Ezeiza, Capital, San Vicente y Lujan.

articulaciones con organizaciones barriales, estudiantiles, artísticas y piqueteras fueron construyendo en estos años la proyección en el resto del país²³.

En la construcción política del FPDS, se retoman aquellos principios que se habían reflejado en los orígenes de “la Verón”, caracterizada por: la “autonomía”; el trabajo territorial; la “democracia de base”; “la lucha” para exigir las reivindicaciones y “como parte constitutiva de la formación política”; el impulso a los proyectos “productivos autogestivos”; la “formación y educación popular” de cada uno/a de sus integrantes; la “horizontalidad” en la organización. Esta última característica es reafirmada por sus integrantes como una cualidad importante para la construcción del FPDS que, a su vez, los diferencia de otros movimientos piqueteros que apuestan a una estructura organizativa con “dirigentes fijos”. En lugar de esta figura, dentro de la forma organizativa del FPDS encontramos a los/as “voceros/as”, quienes se reconocen y son llamados/as de esta forma por los/as demás participantes del movimiento. Son aquellos/as que tienen bajo su responsabilidad representar en distintas ocasiones al FPDS, por ejemplo frente a los medios de comunicación. Estas responsabilidades no son ocupadas por personas “de manera exclusiva”, sino que se practica la “rotación” de las tareas para generar “una organización de nuevo tipo que no reproduzca los viejos esquemas de dominación”²⁴. En esta forma organizativa radica uno de sus principios organizativos, basados en la idea de “democracia de base” para la toma de decisiones, que es llevada adelante a partir del funcionamiento de las “asambleas” realizadas periódicamente en todas las “agrupaciones de base”, “plenarios sectoriales (estudiantiles, territoriales, sindicales, etc.)”, y en los “plenarios nacionales donde delegados con mandato de base, consensúan las decisiones políticas generales”²⁵. Esta sería una expresión de la propuesta que sostiene el FPDS acerca de la “construcción de poder popular”.

Asimismo, en el ámbito de la acción específicamente territorial es posible identificar “áreas de trabajo” tales como “formación”, “prensa”, “[emprendimientos] productivos”, “administración”, “cultura”, por nombrar algunas. Cada una de ellas se organiza por reuniones periódicas, en las cuales participaban integrantes de las distintas “regionales”²⁶. En relación con estas “áreas” nos ha sido posible identificar dos figuras, considerando las actividades que se realizan. Por un lado, los/as adherentes, quienes además de concurrir a las manifestaciones públicas y participar de las asambleas, tienen tareas específicas asignadas en las “áreas” o se desempeñaban en emprendimientos productivos. Muchos de ellos/as comenzaron percibiendo un subsidio de desempleo y realizando tareas (en concepto de “contraprestación”). Por otro, los/as “referentes”, quienes dedican la mayor parte de su jornada a “trabajar” en el FPDS y tienen a su cargo actividades de organización y gestión dentro del barrio. Algunos/as de ellos/as, también son “responsables” de “áreas de trabajo”. Para asumir “responsabilidades” en estas “áreas” deben estar “mandatados” por su organización y, a su vez, rotar “para garantizar la continuidad en la experiencia y saberes”²⁷.

²³ En Rosario (provincia de Santa Fe), Tucumán; Mar del Plata, Río Negro, Formosa y Córdoba.

²⁴ Estas expresiones se encuentran en el documento “Nuestra política para construir un presente y un futuro con trabajo, dignidad y cambio social”, publicado en la página web del FPDS, a principios de 2004

²⁵ Estas definiciones se encuentran en el documento de presentación “¿Que es el Frente Popular Darío Santillán?”, publicado en su página web en el 2007.

²⁶ Las “regionales” reagrupan a las organizaciones que componen el FPDS de acuerdo a su cercanía geográfica dentro del Area Metropolitana de Buenos Aires o en el interior del país.

²⁷ Estas expresiones se encuentran en el documento “Nuestra política para construir un presente y un futuro con trabajo, dignidad y cambio social”, del FPDS (2004).

Los orígenes del “Espacio de Mujeres”: Miradas sobre la participación

En este apartado presentaré una reconstrucción de los comienzos del EM, situada a fines del año 2003 cuando nace la primera “Asamblea de Mujeres de la Verón”, en momentos de producirse la fractura dentro de “la Verón”.

El EM reconoce sus orígenes en el decimoctavo Encuentro Nacional de Mujeres (ENM)²⁸, que se realizó en Rosario, en agosto de 2003. Las vivencias compartidas por un grupo de mujeres del movimiento durante el Encuentro, fortalecieron la iniciativa de conformar una primera “Asamblea de Mujeres” durante el 26 de octubre del mismo año, en el “piquete” del Puente Pueyrredón²⁹. Estas primeras acciones para convocar a otras “compañeras” del movimiento a la “primera asamblea” son iniciadas por un grupo reducido de mujeres que llamaré *pioneras*³⁰. Entre ellas, se encuentran mujeres jóvenes con militancia en el ámbito estudiantil que venían trabajando con agrupaciones feministas; mujeres desocupadas que ingresan al movimiento y que venían “trabajando” dentro de los barrios y -en el caso de una de ellas- como “vocera” del movimiento. A su vez, otras mujeres contaban con una militancia en organizaciones de derechos humanos, una de las cuales acreditaba una larga experiencia de militancia en los setenta y posteriormente en el movimiento feminista.

La convocatoria a una primera “Asamblea de Mujeres” se realizó frente a la mirada cuestionadora de algunos dirigentes varones que participaban de la que en esos momentos era la coordinación de “la Verón”.

“Nosotras empezamos a comentar esto de lo que pasó en Rosario en la coordinadora; y bueno ahí es donde empezamos a encontrar un poco... Y como que Esteban³¹ [se refiere a uno de los dirigentes que participaba en la coordinadora y actual dirigente del MTD AV] era el que tenía una posición muy fuerte en la coordinadora, entonces como que si él no aprobaba eso, estaba medio complicado el asunto. Así que bueno de todas maneras nosotras pensamos como le podíamos buscar la vuelta. Y dijimos ‘lo más fácil es que nos juntemos nosotras nuevamente para ver que es lo queremos hacer, porque si nos está costando que los compañeros lo tomen... bueno tratemos de clarificar bien nosotras de que manera empezamos a armar estrategias’. Y bueno ahí empezamos a volantear y ahí se convoca a la asamblea ahí mismo en el puente (...) Si los compañeros referentes que están yendo a la coordinadora no lo pueden hacer, bueno hagámoslo nosotras desde ahí. Es el mejor lugar donde las compañeras sabemos que si o si están... y sabíamos que no iban a tener dificultades... que nadie les diga ‘¡no vayas!’, o que no pueden porque ‘¡tenés que cuidar los chicos!’” (María, 41 años, pionera del espacio y primera vocera del FPDS).

²⁸ Son autoconvocados y autónomos de instituciones (partidos políticos, sindicatos e iglesias) y se realizan ininterrumpidamente desde 1986 en distintas ciudades de Argentina. Tienen una duración de tres días, en los cuales se realizan “talleres”, marchas y otras actividades. El origen del primer encuentro puede rastrearse en 1985, cuando un grupo de mujeres toma la iniciativa, luego de asistir al Foro de las ONG en Nairobi (Kenya) y al Tercer Encuentro Feminista Latinoamericano y del Caribe en Brasil.

²⁹ A partir de junio de 2002, momento en que se produce la “masacre de Avellaneda”, numerosas organizaciones piqueteras realizan el corte del Puente Pueyrredón (que marca uno de los accesos a la Ciudad de Buenos Aires) todos los días 26 de cada mes, para reclamar por el esclarecimiento de los asesinatos de Kosteki y Santillán y el “juzgamiento de los responsables materiales y políticos”.

³⁰ Tomo la noción de *pioneras* del trabajo realizado por Giarraca (2001) sobre el Movimiento de Mujeres Agropecuarias en Lucha.

³¹ Este como todos los nombres propios que refieren a las/os entrevistadas/os son ficticios, a fin de cumplir con el compromiso de confidencialidad establecido en el momento de realizar las entrevistas

Teniendo en cuenta que el corte de “los días 26” se realizaba todos los meses para reclamar por el esclarecimiento de los asesinatos de Kosteki y Santillán, esta convocatoria se convertía en una estrategia para aglutinar en un mismo punto de encuentro a todas las mujeres de los MTD. Si bien, se habían realizado los primeros “talleres sobre anticoncepción” en algunos barrios donde “trabajaba” María junto a otras “compañeras del movimiento”, la intención de esta “Asamblea” era abarcar a todas las mujeres de los MTD, impulsando la necesidad de crear un *espacio propio*.

Luego de la primera reunión en “el Puente” se convoca a un “plenario de mujeres”, que finalmente se realiza en noviembre de 2003 en Lanús. En ese “plenario”, se manifestaron las dificultades que percibían para participar en política, pero también se expresaron cuestiones vinculadas al cuidado de los hijos/as, la maternidad y el ejercicio de la sexualidad, entre otros temas. Posteriormente se elabora el primer documento para “difundir en los movimientos”. Es por esa misma época que dentro de “la Verón” se provoca una fractura, por lo cual la “Asamblea de Mujeres” se ve afectada y, en cierta forma, se dificulta la posibilidad de articular acciones futuras con las mujeres de los MTD que comienzan a actuar bajo la órbita política del MTD AV.

“Nos juntamos en Lanús y bueno... ahí claramente quedó en evidencia la no participación de este sector que te venía comentando [se refiere al MTD AV] por la dificultad que tuvimos... porque casualmente sale un corte para ese día [se refiere al “plenario de mujeres”]. Sale un plan de lucha ese día, pero de todas maneras participaron mas de ciento cincuenta compañeras en ese plenario y fue muy buena la participación.” (María, 41 años)

La participación en las actividades del movimiento y en aquellas generadas a partir de la creación de un *espacio de mujeres*, pusieron en cuestión la asignación tradicional de los roles. Para llevar adelante esta participación, las mujeres debieron enfrentarse a dos series de obstáculos. Por un lado, las propias tensiones referidas a sus diferentes roles como madres, esposas e hijas, como “compañeras” de militancia y como parte de una organización política.

“Empezar a sentir el compromiso de empezar a ir a los lugares, a los espacios donde hay una formación para las compañeras que están dentro del movimiento. Y eso es tiempo, y eso implica que si tenés un compañero, el compañero tiene que estar de la misma manera comprometido con vos y aún así muchas veces no entiende que la compañera también puede delegar los hijos a él o a algún integrante mas de la familia y también, digamos, salir y formarse. Digamos, está más permitido en ellos que en nosotras. La mujer tiene menos tiempo de formarse políticamente” (María, 41 años).

Frente al “compromiso” las mujeres tuvieron que “delegar” en otras personas el cuidado de los/as hijos/as. La forma en que está planteada la cuestión permite observar que, en principio, no es vivida como una alteración permanente en los roles domésticos, en tanto se habla de una “delegación” y en cuanto el “compañero” o esposo no parece ostentar mayor responsabilidad en este sentido que cualquier otro “integrante de la familia”.

En el contexto de una “cultura machista”-definida así por algunas entrevistadas-, la molestia de los varones (en tanto esposos o “compañeros”) frente a la salida de sus “compañeras” del hogar, se expresa bajo la forma de sospechas o “celos”. Este proceso involucra no sólo el conflicto con sus compañeros varones sino también un desafío a sus propias concepciones como mujer.

“La experiencia de estar en un movimiento, participar en una organización nos ayudó a romper el encierro en el que estábamos, y romper con los mandatos... porque el tema es que nosotras ya criamos hijos y repetimos estos modelos” (Carmen, 40 años, participante del espacio).

En el testimonio de Carmen es posible observar este interjuego entre el “adentro” y el “afuera” del hogar. Participar permite salir y “romper el encierro” Pero a partir de la *experiencia* de participación es posible también revisar “los mandatos” recibidos, no sólo en relación con la propia *experiencia* sino también frente a la responsabilidad que implica la crianza de los/as hijos/as.

Por otro lado, el segundo obstáculo al que hicieron frente fue la desconfianza de los varones del movimiento. La fractura que dio lugar a la conformación del FPDS, también afectó la conformación de la “Asamblea de Mujeres”. Si bien las mujeres del sector MTD AV fueron convocadas, no se acercaron al “plenario” de Lanús y no se sumaron ni en ese momento, ni posteriormente a las actividades planteadas por y para las mujeres, cuando se fractura el movimiento en noviembre de 2003. Al tiempo que las *pioneras* optaron por permanecer en las organizaciones que posteriormente conforman el FPDS. Uno de los máximos dirigentes que participaba en ese momento en la coordinación de “la Verón” y posterior dirigente del MTD AV, explicaba su posición.

“Hubo una vuelta una discusión, cuando estábamos unidos todos en la Verón, que se filtró así, una línea de lucha de géneros y aparte aprovechando la disputa política, desde el punto de vista del varón, les entraron a pegar a los dirigentes. Y se calentaron nuestras compañeras y les dijeron: ‘¿qué te pasa con nuestros dirigentes a vos?’ ¿viste? y les decían: ‘¡Ah, machistas!’; ‘¿qué machistas?’ ¿viste? estaban bardeando ¿qué tiene que ver una cosa con la otra? Este, así que no sé por qué motivo... habría que entrar en la psicología de la mujer... que es lo que yo me rehusó a hacer, tienen que resolverlo ellas ese problema, no nosotros. Pero no, no se ha dado”

¿Pensás que en algún momento se pueden llegar a organizar un espacio de mujeres acá?

Sí, nosotros se lo hemos propuesto... comisión de madres, este... y cosas por el estilo. Pero no ha calado en las mujeres de nuestro movimiento.” (Esteban, 35 años)

De esta forma, la constitución de un *espacio de mujeres* en dicho movimiento parece haber estado condicionado por tres cuestiones: la ausencia de un grupo activista que propiciara su creación, la falta de motivación de las mujeres de la organización para estimularla, y la falta de voluntad política de sus líderes en el mismo sentido. No obstante, los dos primeros puntos son fundamentales para explicar la inexistencia de un *espacio de mujeres* que el tercero, dado que los líderes (sobre todo los líderes varones) no han sido en el origen, un apoyo fundamental para los esfuerzos de las mujeres que buscaban organizarse.

Ahora bien, es importante remarcar en el relato del dirigente anteriormente citado, como presenta los argumentos que lo llevan a oponerse al *espacio* que se había creado en “la Verón”: en principio, señala la posibilidad abierta de disputa y cuestionamiento al liderazgo masculino; luego, la asociación que él realiza entre “las mujeres” y la “comisión de madres” pone en evidencia un proceso de reducción de la condición de la mujer a su rol materno; y por último, la dicotomía que plantea entre *lucha de clases* y *lucha de género*. Esta última cuestión -retomada en el cuarto apartado- se relaciona con las tensiones generadas entre la organización *autónoma* de las mujeres y el movimiento al que pertenecen (Segato, 2003).

“Haciendo, más que planteado cosas”: el lugar de las pioneras

En este apartado analizaré las formas de construcción del EM del FPDS, poniendo especial atención en: el rol que jugaron y juegan las *pioneras*; las acciones que fueron imprimiendo huellas en la construcción y las estrategias que se fueron delineando para impulsar la participación de otras mujeres. En este sentido, cuando señalo el lugar de las *pioneras*, me refiero a aquellas que con su acción han alimentado las expectativas de autoorganización de las mujeres del movimiento. Al mismo tiempo, no perderemos de vista las limitaciones que se presentaron en este trabajo cotidiano, que ellas reconocen como un verdadero “trabajo de hormiga”.

Al momento de impulsar el EM, la mayoría de las *pioneras* cumplía un rol de responsable de algún “área de trabajo”, aunque es importante destacar que algunas de ellas estaban empezando ese camino. En las historias narradas, advertimos que esa responsabilidad con el rol que desempeñaban -y desempeñan actualmente- aparece fuertemente ligada al compromiso con el “trabajo en el barrio” y en la organización. Estos compromisos se fundan en lazos muy fuertes que se van tejiendo en el trabajo territorial y se asientan sobre una “lucha” cotidiana que ellas mismas reconocen “que no es fácil, que lleva mucho esfuerzo y tiempo”. La tarea que emprendieron con el EM se sumó a las responsabilidades que ya tenían dentro de la organización. Este “trabajo” comenzó a ser reconocido por varones “referentes” del movimiento en estas palabras:

“creo que hay compañeras que están realmente, digamos, que están tomando en sus manos la lucha desde la mujer, de una lucha de género y demás. Hay compañeros que están bancando todo eso... muy fuertemente, por suerte. Y creo que también hay compañeras que todavía no lo ven y compañeros que tal vez... más compañeros que compañeras, pero que no lo ven todavía y que lo aceptan, pero que todavía no lo ven como una prioridad, este, de participar en esas actividades, o de bancar eso” (Octavio, 32 años, responsable de un “área de trabajo” dentro del FPDS).

Desde el comienzo, la tarea desarrollada por las *pioneras* se concentró en tres ejes. Los dos primeros se encuentran relacionados: al interior de la forma de organización del movimiento y con las mujeres que lo componen. Es decir, los mandatos culturales que cuestionan son reproducidos por las actividades cotidianas, cuya división sexual del trabajo muchas veces es convalidada por las actitudes de las mismas mujeres, que son las que sostienen las actividades de reproducción material (comedores, “merenderos”, etc.). Desde estas observaciones, las *pioneras* plantean “comenzar a ocupar los espacios de discusión política”, que a veces se dificulta más en las mujeres de mayor edad.

“Y bueno pero muchas veces pasa que... -y esto te lo van a decir muchas compañeras- a veces nosotras nos quedamos en esta cosa de nuestras propias trabas internas, por decirlo de alguna forma ¿no? De que no está todo puesto en el tema de que no nos permiten, sino que nosotras a veces no nos permitimos. Como una cosa cultural y decimos: ‘¿qué voy a hacer yo?’, ‘¿qué voy a decir yo?’, ‘no me voy a animar’ o ‘no voy a hablar’. Eso con algunas compañeras grandes pasa más todavía. Las chicas son como más...zarpadas” (Ema, 52 años, responsable del “área de formación”, y pionera)

Un tercer eje se vincula con el crecimiento del EM. Esto supone el resguardo de un *espacio propio* y la convocatoria a nuevas mujeres que se van acercando.

Estos acercamientos se fueron realizando de dos maneras. Por un lado, las mujeres de las organizaciones que conforman el FPDS comienzan a sentirse interpeladas por la existencia del *espacio*. Fue así como, a través de los primeros encuentros que se realizaron en “los cortes” mensuales, las mujeres de los distintos barrios encontraron un

momento -breve pero intenso³²- en el que reunirse, para discutir sus inquietudes en tanto mujeres, militantes y desocupadas. Ese fue el principio de lo que ellas bautizaron con el nombre de “Asamblea de Mujeres de la Verón”. Con el tiempo, la estrategia para fortalecer el crecimiento del *espacio*, extendió la convocatoria a mujeres de otras organizaciones que integraban el FPDS (entre ellas, encontramos a organizaciones territoriales, barriales, del sector de “asalariados” y estudiantiles). Por ese entonces “la Asamblea” es rebautizada como “Espacio de Mujeres del Frente Popular Darío Santillán” (EM). Además de las “asambleas del Puente”, se comienzan a realizar con mayor frecuencia *prácticas de encuentros*, en el cual se desarrollaron “talleres”. El lugar elegido para el encuentro fue rotando entre comedores y lugares de trabajo comunitario en diferentes barrios. A su vez, se comienzan a realizar las primeras acciones en las calles, que le aportan visibilidad al *espacio* como colectivo de mujeres (por ejemplo, la marcha por el Día Internacional de la Mujer en marzo de 2004).

Por otro lado, la *articulación* con grupos feministas y agrupaciones de mujeres, se produce a través de distintas actividades (talleres sobre violencia, salud sexual y reproductiva, intervenciones artísticas).

Para las mujeres que comienzan a organizar las actividades del EM, se genera un “trabajo” adicional que se suma al que ya realizan en las “áreas” y “grupos de trabajo” del movimiento. De aquí también se derivan las dificultades para compatibilizar las actividades de la organización y del EM, a pesar de lo cual las mujeres sustentaron la importancia de seguir apostando a la construcción.

Tomando en cuenta las formas de convocatoria y las *prácticas* de trabajo que se fueron realizando, las *pioneras* se plantearon construir -en principio- un “espacio” y no un “área de trabajo”. Esto ofrece la ventaja de que al ser un ámbito de trabajo más informal, la construcción y la dinámica misma del EM mantiene su independencia de las lógicas de funcionamiento del movimiento, lo cual representa un desafío para las mismas mujeres del EM que apuntan a incorporar a otras “compañeras”, pero, a la vez, lograr el reconocimiento por parte del resto de los y las integrantes del movimiento.

Las pioneras y las que vienen llegando

La forma que fue tomando el EM se asienta en un proceso de construcción *desde abajo*, en el cual las *pioneras* fueron expresando las primeras bases para que otras mujeres del movimiento se vayan involucrando, no sólo en la participación sino en la organización y coordinación de actividades. Estas bases, se fundan en la generación de *prácticas* que promuevan la reflexión entre “las mismas compañeras del movimiento”, o como resumía una de ellas, “haciendo, más que planteando cosas”.

Si bien los niveles de compromiso y las expectativas no eran las mismas, las mujeres que empezaron a participar, lo hicieron a partir de la “necesidad” de articular un *espacio propio*. De esta manera, otras mujeres se fueron sumando, desde distintos “sectores” (“desocupados”, “asalariados”, “estudiantiles”) y desde las “regionales”.

A partir de un análisis de la composición del FPDS y del EM, se observa la existencia de distintos *perfiles*, los cuales habilitan ciertos marcos de decisión y gestión de cuestiones que hacen a las actividades cotidianas del movimiento (por ejemplo, participar en “un [emprendimiento] productivo”, ser responsables en “áreas de trabajo”, ser “voceras”). De modo que resulta importante reconstruir los distintos *perfiles militantes* de las mujeres, y las posiciones que ocupan desde la misma lógica de organización del movimiento. En este sentido, dada la heterogeneidad que caracteriza al EM, resulta particularmente interesante considerar las trayectorias socio-políticas de las

³² Desde junio de 2002, los cortes del Puente Pueyrredón se realizaron con una fuerte presencia policial. En numerosas instancias, las organizaciones no pudieron subir “al Puente”. Las asambleas del “Espacio de Mujeres” se reúnen en el medio o adelante de la columna del FPDS.

participantes, para situar sus representaciones acerca de la participación política y comunitaria. La reconstrucción de estos *perfiles* se convierte en una herramienta para relacionar los orígenes y *prácticas* del EM y su articulación con la noción de *pionera*. Tomando en cuenta estas trayectorias y edades de las participantes podríamos identificar tres vertientes que confluyen en el EM.

La primera vertiente podría describirse como aquella que está integrada por “las mujeres de los barrios” -en algunos casos únicas jefas de hogar- que se acercaron a las organizaciones para recibir una “ayuda” y realizar tareas comunitarias y productivas. En este punto es importante destacar las diferencias de edades y las situaciones familiares y los/as hijos/as menores a cargo. Es muy habitual que la participación de estas mujeres en los talleres o viajes organizados desde el EM, sea junto a sus hijos/as menores.

Algunas de ellas comenzaron desarrollando sus primeros pasos en la militancia dentro de esta organización, como María, de 41 años:

“llego por la necesidad de tener un plan, porque de otra manera... dinero en efectivo no estaba teniendo. Yo venía de cerrar un bufete por cuestiones económicas no lo pude sostener. Así que bueno, a partir de ahí, cerré... entregué el trabajo el lugar y me vine a mi casa a ver que hacía. Sabía que ya anteriormente yo había intentado conseguir trabajo. Yo estoy separada, tengo tres hijos adolescentes a mi cargo [...] Hice la capacitación en huerta orgánica, y después me pareció...o digamos, yo venia a pedir el plan acá, entonces a ofrecer algo que yo sabía. Yo me integro al movimiento a fines del 2002, en noviembre”

Otras ya se venían organizando desde los ochenta junto a los/as vecinos/as en la “ocupación” de tierras en la zona sur del Gran Buenos Aires, como Isabel, que tiene 48 años y siete hijos/as. Frente a la situación de pobreza, las “changas” y el “cartoneo” se convierten en la principal actividad de su familia. En su casa se hicieron las primeras reuniones del MTD de su barrio. Dentro de la organización, empezó a realizar las tareas de “seguridad” en marchas y “acampes”, pero también se ocupa de la parrilla en los encuentros, festivales y plenarios. Participa desde las primeras reuniones del EM.

La segunda vertiente es la estudiantil y está conformada por mujeres jóvenes -de sectores medios- que tienen una trayectoria por la militancia universitaria. Esta es la situación de Lucía de 23 años, no tiene hijos/as y participa dentro de una agrupación:

“veníamos trabajando en la facultad... en Humanidades. Con los docentes y no docentes peleamos por una universidad al servicio del pueblo... Como organización nos integramos al Frente y empezamos a ir a los espacios de formación política, estuvimos en los encuentros de jóvenes, compartiendo experiencias con los compañeros del MST de Brasil, aprendimos mucho [...] Y ahora participando en el espacio de mujeres, viajando a los encuentros... es todo nuevo para mí. El año pasado fui por primera vez al Encuentro de Mujeres en Jujuy. [...] Empezamos a darnos un laburo en la Universidad, por ejemplo el 8 de marzo, comentar, hacer acciones, pasar por los cursos a explicar que no es un día más, es un día de lucha”.

Por último, dentro de la tercera vertiente podemos trazar una diferenciación por edades, al encontrar mujeres que provienen de experiencias de militancia en derechos humanos y del activismo en grupos feministas. En el caso de las más jóvenes -algunas de ellas estudiantes universitarias y algunas feministas- comenzaron a participar en organizaciones desocupados, “trabajando en los barrios” o impulsando actividades artísticas. En el caso de Lorena, -de 25 años, sin hijos/as- una de las *pioneras* del EM y con “responsabilidades” dentro de su “regional”, su relato describe un recorrido:

“yo pensaba recién [...] acá una vez tuvimos la primera reunión de mujeres, acá en Glew. Fue cuando tuvimos la idea de pensar a ver qué hacíamos, formábamos parte de una vieja organización, y nos juntamos, algunas habíamos ido a Rosario, nos

encontramos allá y preguntábamos qué hacíamos sobre la participación de las mujeres y cómo la trabajábamos y salió lo de hacer el volante con la encuesta, la asamblea y cuatro años después poder llegar a este campamento, es re grosso el proceso que hicimos”.

También dentro de este grupo, encontramos a las mujeres que vienen de militancias políticas en los setenta y luego -con la llegada de la democracia- se integran en organizaciones barriales y en el movimiento de mujeres a mediados de los ochenta. Este es el caso de Ema, de 52 años, cuyos hijos/as ya son mayores de edad:

“nosotros estamos trabajando desde hace muchísimos años en la zona, es decir después de la dictadura, fundamentalmente, armamos un lugar que se llamaba Centro Cultural Berisso. El planteo general te lo podría definir como que era un poco la reconstrucción del tejido social. [...] Así fue como surgió esto y bueno como nos fuimos enganchando con el movimiento. Ese fue el origen, así fue la historia, así llegué yo a la organización, al MTD. Es decir, para mí fue una continuidad, porque en la práctica yo soy militante de la década del '70. [...] En los 80... en ese momento histórico también vienen muchas mujeres del exterior, muchas compañeras nuestras que habían estado exiliadas, con ideas novedosas. Con ideas novedosas para mí, en ese momento que era el tema de la mujer. [...] yo cuando empecé a entender, el tema de mujeres... el paso siguiente de entender el feminismo fue facilísimo”.

A través de la reconstrucción de los *perfiles militantes* de las mujeres y de sus expresiones -a partir de la selección de algunos relatos- podemos dimensionar la composición heterogénea. Los recorridos de estas mujeres confluyen en el EM, pero cada una llega por caminos distintos: la lucha barrial, la organización estudiantil, la “toma” de tierras, la lucha por “los planes”, la lucha por los derechos humanos, la lucha por los derechos de las mujeres, por nombrar algunas. La confluencia de esta diversidad, se expresa en *prácticas, herramientas, demandas y lenguajes*, generando *aprendizajes* novedosos en cada una de las mujeres que, a su vez, no están exentos de tensiones. En los próximos dos apartados se reconstruyen *escenas* en las cuales se manifiesta esta diversidad.

Una re/construcción cotidiana: prácticas, herramientas y lenguajes en ronda

Elevando las voces I: Las prácticas de encuentros

En este apartado se profundiza el análisis sobre el trabajo que se da al interior del EM, advirtiendo las problemáticas que expresan las mujeres a partir de la dinámica que adquieren estas *prácticas de encuentro* y las *herramientas* que se van construyendo.

En principio, se pueden trazar dos cuestiones constitutivas de estas *prácticas*. La primera se vincula con la realización de rituales³³ que recuperan la *memoria de lucha* de “las mujeres del Espacio”. De esta forma, en cada encuentro se reedita lo que ellas denominan “místicas” de “presentación” y de “despedida”. Las “místicas” no sólo intentan desinhibir e integrar a “las compañeras” que participan por primera vez, sino también explicitar hitos en la historia del EM³⁴.

³³ Estos rituales adquieren un carácter festivo e incluyen bailes, canciones, la proclamación de consignas, la disposición de banderas y objetos que simbolizan “la solidaridad en la lucha” y la identidad del EM, como las ollas que se usan para cocinar en “los piquetes”, el mate y los pañales, como parte de la escena.

³⁴ Estos hitos son reactualizados en cada encuentro, incluso en las presentaciones del EM ante otras organizaciones o en el contexto de alguna actividad del movimiento. Allí se mencionan diferentes momentos de la participación de las mujeres como “Espacio de Mujeres”, por ejemplo, en los Encuentros Nacionales de Mujeres, en la “primera Asamblea”, en “el primer plenario de mujeres”, en la marcha a Plaza de Mayo por el 8 de marzo, por nombrar algunos.

La segunda cuestión se refiere a las formas de trabajo al interior de los “talleres”. Si volvemos sobre uno de los principales motivos que llevó a la creación del EM -cuyo “eje” era trabajar sobre la participación política- observamos que en estas *prácticas*, los *encuentros* adquieren un formato de *taller vivencial*³⁵ donde las mujeres comienzan a desentrañar -de manera colectiva- un *paisaje* que se presenta como *normal* en la vida cotidiana. Un *paisaje* que Segato (2003) caracteriza como permanentemente violento y que es *normal* a la reproducción del *orden de género*.

De esta manera, las *prácticas de encuentros* entre las mujeres permiten visualizar cuestiones que permanecían en la intimidad y que -en muchos casos- se arraigan en situaciones violentas, que atraviesan las historias de ellas sin distinción de edades. Es por esto que las *pioneras* -en un primer momento- y luego las que comenzaron a participar con una mayor frecuencia y “compromiso”, reconocen la importancia de alimentar los encuentros entre las mismas mujeres, porque permite traer del silencio sus problemáticas más íntimas (principalmente los casos de violencia doméstica, violación, abusos y aborto). En este proceso, aquello que es vivido como “privado” se torna visible y adquiere un status público que habilita nuevas formas de enfrentar y significar la propia historia, pero que a la vez implica instancias de profunda reflexión.

En este punto, hay un paso fundamental que se da en la dinámica misma y que se vincula con la capacidad de “poner en palabras” las problemáticas que -en algunos casos- nunca habían sido verbalizadas por ellas mismas. En función de esto, desde los inicios, estos encuentros se llevan a cabo entre las mujeres, a pesar del cuestionamiento de algunos varones que quisieron participar.

“Los espacios y los talleres sirven para ir rompiendo este aislamiento que cada una tenemos. Y me incluyo, porque yo en esta etapa ya no, pero un momento también. Si bien ahora estoy separada... hay toda una historia detrás de violencia y bueno todo eso no se salda solamente con la separación. Y bueno, una se aísla con sus problemas porque cree que es propio y encima te da vergüenza comentar. Entonces me parece que en esos talleres se crea eso, porque es donde nosotras podemos hablar con otras mujeres de lo que nos está pasando y por eso generalmente ese tipo de talleres los hacemos pura y exclusivamente para mujeres. Y veíamos que el reclamo venía de los jóvenes, principalmente por el tema de la anticoncepción y de la sexualidad que a ellos le interesaba. Así que bueno, les explicamos que al principio se va a hacer así, por esta cuestión de que hay muchas compañeras que se inhiben, no quieren participar, no quieren hablar de esos temas que son muy jorobados para ellas... como a lo mejor comentar que los compañeros no les dejan tomar un anticonceptivo o no se quieren poner un preservativo” (María, 41, años).

En este marco, las *pioneras* reconocieron la persistencia de las problemáticas de violencia expresadas -de diferentes maneras- en estos “talleres”. De este modo, las dinámicas que se empezaron a construir al interior de los mismos, buscaron evitar lo que ellas llaman las “bajadas de línea”. En función de esta idea, se propone trabajar en “grupos pequeños” que luego pondrán en común sus reflexiones con el resto de “las compañeras”, a partir de una representación teatral, dibujos o escritura de las distintas expresiones en “papelógrafos” (papeles afiches dispuestos en las paredes).

Podríamos referenciar estas *prácticas* en una *escena* de estos encuentros. En esa oportunidad, asistieron casi sesenta mujeres de distintas organizaciones a uno de los comedores comunitarios, para reunirse durante una jornada. En cada “grupo” se repartieron hojas con “consignas de trabajo” para reflexionar, donde se mostraba el

³⁵ La *acción de relatar* se convierte en una *práctica* central, donde el grupo se nutre de los testimonios de las participantes, que expresan *vivencias personales profundas*. Desde el grupo, se tratan temas *desvalorizados* o *censurados* en otros espacios sociales (Gorlier, 2004).

dibujo de una mujer entre rejas, junto a la pregunta “¿cuándo nos sentimos así?”. A partir de esta “consigna”, las mujeres comienzan a compartir sus vivencias en grupos. Las intervenciones de cada una se enlazan con sensaciones asociadas a diferentes estados: “sentirse presas”, “encarceladas” “asfixiadas” y “discriminadas” por ser mujeres, pobres, desocupadas; también aparecen relatos que hablan de las “presiones” por ser madres que participan en una organización. Algunas, como las jóvenes -que vienen participando en agrupaciones estudiantiles- vinculan situaciones de discriminación cuando tienen que hablar en “asambleas de la facultad”, o sentirse “presionadas” por tener que decir “algo interesante” delante de sus compañeros. Otras, señalan actitudes y gestos por parte de sus maridos o padres que no “comprenden” ni “acompañan” su participación.

En su “grupo”, Mariana, de 32 años, comentaba la oposición que manifestaba “una y otra vez” su marido frente a su participación en el movimiento y en el trabajo fuera de su casa: “No me dejaba salir, me decía que para que iba a trabajar... que para eso tenía marido, que si quería salir era porque tenía un macho. Yo era tan tonta... me tenía bronca a mi misma. Yo pensaba ‘vos tenés derecho a salir, a jugar y a tomar ¿y yo?’. Porque él traía la plata a la casa, él se creía el dueño de todo y yo le daba la razón”.

En la ronda de intervenciones, Cora de 50 años -“referente” dentro de su organización- comenta una historia similar. Mientras le recoge el pelo a su hija de 5 años que está jugando con otras niñas, nos dice: “A veces una se asfixia porque quiere. Es difícil no tener miedo, pero hay que hacerles entender que esto [participar en la organización] para una es importante”.

Después de escuchar a sus compañeras, Claudia -de 36 años, participa desde hace tiempo en el MTD- nos cuenta: “Me siento encarcelada en dos lugares. En la familia, cuando no hay para darles de comer a los chicos y no sabes como solucionarlo... irse a dormir sin saber si vas a poder darle de comer al día siguiente. Sentís vergüenza de pedir. Y cuando están enfermos... no les puedes comprar los remedios. En el trabajo también sufrís la discriminación porque uno es como es... es decir negra, que se viste así ves [nos señala su remera de un grupo de rock, un par de jeans y zapatillas] y no es profesional”.

Estos testimonios -entre otros- reconstruyen los recorridos de estas mujeres, que en muchos casos comparten sus vivencias por primera vez, donde se advierten historias marcadas no sólo por la violencia física. Por ello, me interesa recuperar la distinción analítica que establece Segato entre la *violencia moral* y la física. En este sentido, la autora sostiene que la *violencia moral* es “el más eficiente de los mecanismos de control social y de reproducción de las desigualdades” (2003:114). Por su *carácter maquinal, rutinario e irreflexivo*, las consecuencias de la *violencia moral* no se manifiestan como evidentes y denunciables, sino que forman parte del *paisaje normal*, porque justamente es “aquella por la que se disemina difusamente e imprime un carácter jerárquico a los menores e imperceptibles gestos de las rutinas domésticas -la mayor parte de las veces lo hace sin necesitar de acciones rudas o agresiones delictivas, y es entonces cuando muestra su mayor eficiencia-. Los aspectos casi legítimos, casi morales y casi legales de la violencia psicológica son los que en mi opinión revisten el mayor interés, pues son ellos los que prestan la argamasa para la sustentación jerárquica del sistema” (Segato, 2003: 114).

A través de los relatos, se despliegan distintos registros sobre las formas de *violencia moral* manifestadas en agresiones emocionales³⁶ y que tienden a la descalificación y a la reducción de autoestima en las mujeres.

³⁶ “Entran aquí, la ridiculización, la coacción moral, la sospecha, la intimidación, la condenación de la sexualidad, la desvalorización cotidiana de la mujer como persona, de su personalidad y sus trazos

Desde estas *prácticas de encuentro*, surgen los primeros pasos para cuestionar esta *normalidad del paisaje* violento que comienza a visualizarse en el hogar, pero también en la relación con los mismos “compañeros y compañeras” del movimiento. Las *pioneras* recuerdan que al principio, antes de la fractura de “la Verón”, las agresiones se manifestaban en forma de bromas y chistes que hacían los varones a las que comenzaban a impulsar el EM. “¿Andan con ganas de agrandar la cocina?” les preguntaban los compañeros, o en referencia a las “asambleas del Puente” les decían “¡ah! ¿ahora hay reunión de tapers?”³⁷. Actualmente, las mujeres reconocen que están “en otro momento político” y que muchas de estas cuestiones quedaron atrás, luego de la conformación del FPDS.

Volviendo la mirada al camino recorrido, las mujeres que impulsan el EM también fueron considerando que era fundamental “trabajar” en las actividades cotidianas que hacen al funcionamiento del movimiento, donde aún “hay mucho trabajo por hacer”. En esas actividades, (asambleas, “áreas de formación”, “plenarios”, etc.) se manifiestan las cuestiones que surgen en los “talleres”: la falta de autoestima; la dificultad que sienten las mujeres para “animarse a participar, a hablar” y que contribuye a la “delegación de tareas”; la construcción de un lenguaje que sólo nombra “a los compañeros” varones, entre otras. Pero, aunque el *trabajo de conciencia* sea un proceso lento pero indispensable (Segato, 2003), algunas cuestiones comenzaron a instalarse en estos años, a partir de las *prácticas* que ellas construyeron.

“Hay como diferencias, pero muchos compañeros lo entienden muy bien. Y con otros hay que lucharla... como que también hay que lucharla con las mujeres, no es tan fácil. No es que hay un activismo en el Frente, no es que todas las compañeras están metidas en esto. No tantas como quisiéramos, pero hay unas cuantas compañeras que están participando en esos espacios. Sí, además está como muy instalado... bueno que los voceros sean hombres y mujeres; que las que vayan al municipio sean fundamentalmente mujeres. Bueno... hombres pero también mujeres, está como legitimado” (Ema, *pionera* del espacio de mujeres)

Los aspectos *casi morales* de la violencia también se convierten en grandes justificaciones, que se encuentran profundamente arraigados en *valores morales religiosos y familiares*, y que en muchos casos dificultan el trabajo conjunto sobre algunos temas al interior de los “talleres”. En referencia a esta situación, Gabriela –que estuvo desde el comienzo dentro del EM- manifestaba las dificultades que surgían en los primeros “talleres” para “trabajar” la problemática en torno a la legalización del aborto:

“Y es difícil trabajar el aborto... por los mandatos. Es difícil de abordar por la cultura cristiana que está muy metida”.

Desde los comienzos hasta las instancias más recientes, este tema se ha problematizado a través de “talleres” donde se han invitado a mujeres profesionales de la salud para “trabajar con información” que recupere “los mitos en torno al aborto”. En relación a esta problemática en particular, las *prácticas* que se fueron construyendo desde el EM estuvieron asociadas a instancias de *formación* que permitieron avanzar en el *reconocimiento* de derechos (en este caso, el “derecho al aborto”). Sobre este punto, volveré al final del apartado.

Abriendo senderos: Las prácticas de articulación con otros movimientos y organizaciones de mujeres.

psicológicos, de su cuerpo, de sus capacidades intelectuales, de su trabajo, de su valor moral” (Segato, 2003:115)

³⁷ En referencia a las reuniones de venta de los envases plásticos marca Tupper Ware.

Anteriormente se mencionaba como una de las estrategias que contribuyó al crecimiento del EM, fue la extensión de la convocatoria hacia el interior de las organizaciones que componen el FPDS. Al mismo tiempo, este “ir mas allá” del movimiento también implicó un trabajo de las participantes para trazar *articulaciones* hacia afuera del FPDS. Como un rasgo que adquiere la forma de construcción del EM, desde los comienzos las *articulaciones* con otras organizaciones de mujeres fueron consideradas centrales y comenzaron a formar parte de las actividades como “talleres”, intervenciones artísticas en el espacio público, etc..

Retomando las categorías desarrolladas por Chejter y Laudano (2002) se presentan tres tipos de *articulaciones* intersectoriales entre el EM y los movimientos de mujeres y organizaciones feministas:

Las *articulaciones* fijadas anualmente y de corta duración como el Encuentro Nacional de Mujeres, donde convergen organizaciones feministas, campesinas, piqueteras, de derechos humanos, de los pueblos originarios, partidos políticos, sindicatos, estudiantiles, entre otras. En estos casos, la organización de los viajes se convierte en uno de los puntos de confluencia.

Las *articulaciones* específicas que tienen lugar regularmente para una fecha particular³⁸ y que incluyen -generalmente- movilizaciones.

Las *articulaciones* más restringidas y de mediana duración, organizadas para acciones vinculadas a la capacitación, cooperación, “talleres” de “información” o “formación”.

Anteriormente mencionaba que las actividades propuestas en los comienzos por el EM, suscitaron una serie de tensiones al interior de los espacios comunitarios de la organización y que fueron advertidos -en un primero momento- por las pioneras. En este sentido, la influencia que tuvo la participación del EM en instancias de articulación mayor, provocó una serie de reformulaciones en las relaciones al interior del movimiento

El caso de la participación en los Encuentros Nacionales de Mujeres (ENM) es una de las *escenas* donde pueden ser analizadas estas interacciones. En efecto, desde el EM se fue impulsando -en el lapso de un año- la importancia de generar las condiciones para “garantizar” una mayor asistencia de las mujeres al ENM, realizado en octubre de 2005 en la ciudad de Mar del Plata. Los relatos de las que vienen asistiendo desde hace años, confluyen al sostener la importancia de éstos, como lugar de intercambio y diálogo con mujeres de todo el país, en el que se provocan “debates fuertes” y en el cual -según Ema- “se da un proceso interesantísimo porque a las compañeras también se les quiebra la cabeza”. Por ello, las *pioneras* reconocen que “[...] no fue fácil lograr que los compañeros reconozcan el viaje. Nos costó, pero se logró”, comenta Juana, de 44 años, *pionera* del EM.

Si rastreamos la representación que tuvieron las mujeres del EM en estos ENM, observamos que en el 2003 asistió un grupo reducido. En el 2004, el contexto político y la situación de reacomodamiento de los distintos MTD dentro del FPDS, perjudicó la organización del viaje (por ejemplo, movilizaciones y acciones para conseguir recursos). En octubre de 2005, la organización que se fue dando a lo largo de un año desde el EM, concluyó en un logro cuantitativo al participar ciento cincuenta mujeres que viajaron junto a sus hijos/as. Para los ENM posteriores -2006 y 2007- la organización del viaje comenzó a formar parte de las *prácticas* generando nuevos *aprendizajes*, que exceden el crecimiento meramente cuantitativo de participación (por

³⁸ Entre las principales se encuentra: el Día Internacional de la Mujer (8 de marzo); "Día por la despenalización del aborto en América Latina y el Caribe" (28 de septiembre); Día internacional por la No Violencia Hacia las Mujeres (25 de noviembre).

ejemplo, conseguir recursos, entablar negociaciones, participar de reuniones para “coordinar” actividades, etc.)

El lugar de las prácticas de formación: alcances y desafíos

Por último, me interesa reconstruir una tercera *escena*, que gira en torno al desarrollo del “primer campamento nacional de formación en género”, convocado desde el EM en marzo de 2007. Este es el primero que se realiza “para y desde las mujeres”, dado que en el FPDS se han organizado dos “campamentos nacionales de formación política” con participación mixta.

Durante tres días de convivencia, mujeres de todas las organizaciones -de distintas partes del país- que componen el FPDS, asistieron a esta propuesta de “formación”, donde se realizaron “talleres” -basados en técnicas de educación popular- que trabajaron en torno a tres ejes: la recuperación histórica de “mujeres luchadoras”; el “concepto de género” y “las relaciones entre patriarcado y capitalismo”; “la historia del feminismo” y la construcción de “distintos feminismos”. La preparación de estos ejes de trabajo, fue motivo de largas conversaciones en reuniones preparatorias, donde se debatían sobre las “necesidades” de abordar estos temas y cómo “trabajarlos” en “talleres”.

Como parte de los alcances de estas *prácticas de formación*, se podrían señalar tres cuestiones:

En primer lugar, la “coordinación” de algunos “talleres” estuvo a cargo de las *pioneras*, que compartieron los relatos de sus trayectorias políticas y su participación en agrupaciones feministas. Pero, a su vez, se sumaron mujeres jóvenes, con una militancia “en los barrios”, que si bien venían participando, comenzaron a ocupar un rol activo en la organización de actividades previas al “campamento”³⁹.

Una segunda cuestión a señalar es que a través de las reflexiones sobre estos “ejes” se encontraron en diálogo las diferentes *experiencias* de las mujeres: las estudiantes universitarias; las que vinieron con sus hijos/as pequeños/as; las que dejaron a sus hijos/as al “cuidado” de otros/as; las mujeres mayores; las que trabajan en “productivos”; las que creían que el feminismo era el machismo pero al revés; las que vinieron “invitadas por el Frente”, las que discutieron con el marido que “no quería” que venga; las que fueron a casi todos los ENM; las que están desde el origen del EM; las que viajaron por primera vez a Buenos Aires y “nunca habían salido de su provincia”; las jóvenes que fueron “invitadas” como integrantes de agrupaciones feministas y de grupos de educación popular.

En el trabajo en “comisiones” pequeñas y en “plenarias”, esta diversidad se volvió a expresar en diferentes *lenguajes* que expresaron diferentes “prioridades”, pero confluyeron en la “necesidad” de “formarse”, “darse estos debates”, “compartir conocimientos”, “seguir trabajando algunos temas”, generando *herramientas* para la discusión con otros/as. En esa confluencia, se cruzaron las *experiencias*: desocupación, abusos sexuales, violencia doméstica, mandatos familiares, estereotipos de masculinidad y femineidad, formas de opresión, in/visibilidad lesbiana, aborto, participación política, educación sexual, placeres y culpas, la militancia en la facultad, el sistema de salud, los mandatos de la escuela, la otras identidades sexuales, etc.

Por último, la organización del “campamento” como *práctica de formación*, se presenta como un punto de llegada para las mujeres que venían participando en diferentes *prácticas de encuentros* más vivenciales. Pero, al mismo tiempo, como punto de partida por los desafíos que se abren a partir de las definiciones colectivas. En este sentido, desde estas *prácticas* -de trabajo colectivo y de reflexión- se habilitan canales para

³⁹ En este contexto, un grupo de las mujeres más jóvenes, forman la primera banda de música del EM, denominada “Condenadas al Éxito”.

avanzar en los debates políticos sobre el *reconocimiento* y la producción de *demandas activas de derechos*.

En referencia a los desafíos y, a su vez, vinculados al *reconocimiento de derechos*, las *prácticas de formación* abren debates y construyen definiciones que interpelan no sólo a las organizaciones que integran el FPDS, sino también al movimiento de mujeres y a los feminismos. En relación con esto último, en el “taller de feminismo” –realizado en el marco del “campamento”– los debates se dieron en torno a la posibilidad de visibilizar “los mitos” del feminismo y recrear la existencia de “varios feminismos”. Al tiempo, que se plantearon, desde diferentes posiciones y recorridos, la necesidad de articular luchas contra diferentes sistemas de opresión.

“Algunos y algunas que se plantean como anticapitalistas no incorporan la lucha antipatriarcal y muchos feminismos sostienen que la pelea no es contra el capitalismo sino primero contra el patriarcado [...] Nosotras queremos un feminismo que nos involucre a todos y a todas, que sea combativo, activo, antipatriarcal, anticapitalista, en las calles y por el cambio social”⁴⁰.

También como parte de las definiciones colectivas del “campamento”, se propuso como tema “prioritario” trabajar desde el FPDS en el cuestionamiento de las posiciones “naturalizadas por el sistema patriarcal”. Este es uno de los puntos centrales que atraviesa el próximo apartado.

De las maneras de pensar el “cambio social” dentro de un movimiento social

Construcción de demandas: ¿Lucha de clases o lucha de géneros?

En el apartado anterior, el análisis estuvo centrado en las *prácticas de encuentro, de articulación y de formación* que caracterizan la forma de construcción del EM, pero, a su vez, marcan los desafíos por venir. Aquí me refiero a las *prácticas* que apuntan a desgastar y desestabilizar *lo establecido*, que se hace presente no sólo al interior de los hogares sino también en los movimientos.

Dichas *prácticas* van dejando marcas (expresadas en *aprendizajes y tensiones*), generan *herramientas* y habilitan diálogos donde conviven diferentes *lenguajes*, que en otros ámbitos políticos tienden a permanecer alejados. Me refiero a la expresión de “luchas” a partir de las cuales se pueden construir *articulaciones*, pero que en la mayoría de los casos se presentan separadas: “trabajo digno”; “lucha por los planes”; “plan de lucha” “derecho al aborto”; “jornada por el día de la mujer”; “marcha contra todas las formas de violencia hacia las mujeres”, por nombrar algunas.

Es por ello que en esta parte, se explora la convivencia de estos *lenguajes*, representados en las voces de los y las que integran el movimiento, a partir de las tensiones que se presentan tanto para las mujeres del EM, como para las formas de construcción política de un movimiento que se presenta como una “herramienta de lucha” por un “proyecto liberador” de “cambio social”.

La primera tensión se vincula con una tendencia hacia la *generización de las agendas* al interior de los movimientos sociales, donde existen “temas de mujeres” y no de varones. (Cross, 2006). En este sentido, cuando la lucha por la subsistencia está lejos de ser ganada, sucede que estos dos aspectos aparecen como alternativos uno de otro, marcando como límite una falsa dicotomía entre *cuestiones de género* y *cuestiones de clase*. Así lo planteaba una de las *pioneras*, en las primeras entrevistas:

“Estoy totalmente de acuerdo con que 10 compañeros, veinte compañeros que se les cae el plan, es muy urgente y para la organización es grave, y que no te llegue alimento

⁴⁰ Estas expresiones aparecen en la “sistematización” que fue presentada en la “cartilla” del “Primer Campamento de Formación en Género”, editada por el EM en junio de 2007.

también es grave. Pero también es grave cuando una compañera viene golpeada, se tuvo que practicar un aborto..., para mí también es urgente y para un montón de compañeras. Es urgente el tema de la anticoncepción y la decisión de no parir y el tema de los abortos ilegales”

Sin duda que aquí se plantea lo que Segato (2003) denomina un *dilema político*, generado entre las reivindicaciones como mujeres y su *conflictiva lealtad al grupo* y a los varones del grupo. Anteriormente mencionamos que la creación de este EM fue experimentada con cierto recelo por los varones dirigentes, que lo visualizaban como una amenaza a la integridad del movimiento, más que como una lucha que moviliza recursos tanto para las reivindicaciones de derechos de las mujeres, como para los derechos colectivos. La organización *autónoma* de las mujeres era vista como un punto que fragilizaba a la organización, sin reparar que estas reivindicaciones contribuirían al movimiento. Frente a ello, las *pioneras* respondieron impulsando la organización que “nació con el fin de fortalecer a las mujeres”, “trabajando” para instalar las *prácticas de encuentros* en los barrios y en “el Puente”. Y en referencia a la dicotomía entre *lucha de clases o lucha de géneros*, lo ocurrido en el “campamento de mujeres” muestra un gran avance en términos de incorporar discusiones que se encontraban muy relegadas.

La segunda tensión que puede rastrearse se vincula con una cuestión fuertemente instalada en movimientos de similares características, entre aspectos *reivindicativos* y *políticos* (Cross y Freytes Frey, 2006) o entre la *urgencia* y el *proyecto* (Merklen, 2005). Las mujeres suelen ser las que mayoritariamente atienden los aspectos *reivindicativos* (esto es la gestión de la política social, la atención de los comedores y “roperos comunitarios”, etc.), lo cual termina dificultando su participación en ámbitos de representación y conducción política dentro de su movimiento.

Teniendo presente esta división, se exploraron aquellas *prácticas* que comenzaron a instalar interrogantes sobre las formas de participación al interior del movimiento. En referencia a ello, las primeras mujeres que formaron el EM, comenzaron por cuestionar las jerarquías que no solamente estaban formalizadas en lugares de “referencia” política, sino en la misma división del trabajo al interior de cada organización, cada barrio.

El desafío se presenta cuando las preguntas se extienden hacia las formas de lucha para “cambiar la sociedad”. Desde la construcción del FPDS, se sostiene que trabajar por el “cambio social” se hace “en el aquí a ahora”, teniendo en cuenta que “para cambiar la sociedad se requiere de dos tareas que van de la mano: cambiar el sistema capitalista y cambiar las relaciones de todos los días”⁴¹.

Desde las *prácticas* del EM, las mujeres fueron avanzando en la construcción de preguntas –que llegaron a incomodar y aún lo siguen haciendo-, sobre las formas de participación y los contenidos de las luchas.

“Y aquí el tema de mujeres entra perfecto, porque... ¿cómo el cambio social se puede pensar desde algún lugar donde las mujeres no tengan una participación específica... desde su subjetividad y sus reivindicaciones?, es imposible.” (Ema, pionera del EM)

En este sentido, la estrategia de lograr la inclusión de las mujeres en los ámbitos de conducción o “referencia” parece ser muy adecuada como puntapié inicial para revisar la naturalización de ciertos roles y posiciones, aún cuando sabemos que esta condición no por necesaria, resulta suficiente. En este sentido, coincidimos con Segato en que para cambiar la *orientación patriarcal* que se encuentra presente tanto en las interacciones sociales como en la división de tareas “[...] no se trata simplemente de modificar los comportamientos y los roles en la división sexual del trabajo, sino de minar, desgastar y

⁴¹ En “Nuestra política para construir un presente y un futuro con trabajo, dignidad y cambio social”, publicado en la página web del FPDS, a principios de 2004.

desestabilizar sus cimientos y la ideología que de ellos emana” (2003: 71). Como vimos, desde el EM se fueron construyendo *herramientas* -sustentadas en *prácticas de encuentro, articulación y formación*- que comenzaron a poner en tensión esas posiciones y relaciones que emanan del gran texto o *narrativa-maestra*.

Elevando las voces II: Prácticas e instancias de discusión colectiva en el movimiento

Avanzando un poco más, el planteo anterior nos reenvía a pensar las formas de construcción de las demandas y su vinculación con las luchas por la *redistribución* y *reconocimiento*. En función de estas cuestiones, considero importante recuperar la tesis de Fraser (1997; 1998) de que en todo proceso de movilización coexisten luchas por la *redistribución* y por el *reconocimiento*⁴². La intención de esta parte es explorar la forma en que se expresa esta convivencia al interior del movimiento y como llevan adelante estas reivindicaciones las mujeres.

Por último entonces, reconstruiré brevemente otra *escena* en la cual se ponen en juego las dinámicas e interacciones al interior del movimiento. Para ello, seleccioné una serie de debates que recorrieron un “plenario nacional”, en cuyo temario de discusión general, se incluyó trabajar sobre “el carácter antipatriarcal” del movimiento. Su realización tuvo lugar a mediados de 2007, al cual asistieron más de doscientos “delegados/as” y “militantes” de las diferentes organizaciones que componen el FPDS.

Para contextualizar esta *escena*, a continuación se analizan una serie de *prácticas y aprendizajes* previos, desarrollados desde el EM para llegar a plantear este punto en la instancia “plenaria”.

En principio, y como una de las *prácticas* para lograr visibilidad, desde los primeros años las mujeres comenzaron a juntarse en el marco de “mesas” y “plenarios nacionales” del movimiento, como una reunión más dentro de otras reuniones, en algunos casos, representado su presencia con alguna “mística”.

La siguiente cuestión se detiene en la organización *autónoma* del EM, que se construye para y desde las mujeres, a pesar de los cuestionamientos de algunos varones. Por ejemplo, desde el principio, ellas consideraron que la presencia de “los compañeros” en las *prácticas de encuentro* podía “llegar a restar posibilidades”.

En una etapa posterior, con la realización del “campamento de mujeres”, se decide “sistematizar los saberes y debates” que se dieron en esas jornadas para “intercambiar y difundir”, “revalorizar los aspectos positivos y logros” del EM como “colectivo”⁴³. Este material se comienza a distribuir en las distintas organizaciones y posteriormente en las “comisiones de trabajo” del “plenario nacional”, para debatir sobre el “eje” “patriarcado/capitalismo/feminismo”.

Por otra parte, en marzo de 2007 y en los meses previos al “plenario”, en el contexto de movilizaciones a organismos públicos, se diseñan y reparten unos “volantes” que en

⁴² La principal preocupación de la autora en este sentido, es observar cómo los movimientos feministas se constituyeron en inocuos y hasta funcionales al modelo de individuación neoliberal. Por ello, en su tesis considera que es necesario no plantear como antagonicos a los movimientos por la redistribución (identificados con la sociedad industrial) y los movimientos por el reconocimiento, sino como cuestiones relacionadas.

⁴³ Esta expresión, aparece en la cartilla de “Primer Campamento de Formación en Género”, editada por el EM en junio de 2007

tono irónico anunciaban “el FPDS es feminista, anticapitalista, antipatriarcal”⁴⁴ y otros que invitaban a “revolucionar las calles, las plazas y las camas”.

También, de acuerdo a las definiciones colectivas acordadas en el “campamento”, y respetando la lógica de funcionamiento del movimiento, las mujeres llevan la propuesta a la “mesa nacional” de delegados/as, realizada a principios de 2007. Allí se propone formalmente que en el temario del “plenario nacional” se discuta sobre “el carácter antipatriarcal y feminista del FPDS”

Después de estas acciones, el desafío entonces consistía en instalar esas definiciones como EM en la instancia colectiva y mixta del movimiento. Desde la discusión en las “comisiones” mixtas hasta el debate en “plenario”, muchos de los varones se sintieron interpelados por los temas que se trabajaron, sobre todo los más jóvenes. En otros casos, varones que ocupan un lugar de referencia, expresaban su posición, marcando la trayectoria de las “compañeras” del EM.

“Pensaba que también... que este tema se esté discutiendo en el Plenario Nacional del Frente... expresa... la potencia y la fuerza... de un espacio colectivo de compañeras que vienen trabajando hace mucho tiempo... y se expresa de esta forma y esta es su manifestación. Y me parece que el espacio de mujeres está compuesto por compañeras muy representativas del Frente y entonces este plano de discusión que les proponen al resto de la organización... si bien creo que debe ser trabajado mejor desde la asamblea de base, desde los lugares de trabajo, desde los barrios... me parece que merece una atención especial por la calidad en que fue presentada la tarea... me parece... En principio tener en cuenta el tema de la cartilla... los campamentos de formación y de trabajo permanente de las compañeras en el espacio [...]” (Miguel, 47 años)

Como parte de las definiciones acordadas en “plenario” se elaboraron “propuestas de lucha anticapitalista y antipatriarcal”, en las cuales se incluyó la necesidad de: garantizar la participación orgánica igualitaria entre varones y mujeres a través de la atención de niños/as durante las diferentes actividades de la organización y cumplir con los cupos de participación en actividades formación”; potenciar la lucha antipatriarcal a través de la multisectorialidad del FPDS; mantener el “Espacio de Mujeres” pero a la vez impulsar instancias mixtas que incluyan diferentes identidades sexuales; generar espacios donde los varones puedan compartir problemáticas; modificar el lenguaje de canciones que signifiquen insultos para la mujer; incorporar en los documentos públicos y conversaciones las terminaciones “os/as”; impulsar el debate sobre la despenalización del aborto en los distintos sectores y organizaciones; que el debate y las acciones de géneros sean transversales a los espacios, áreas y otras instancias del movimiento; trabajar sobre la contención de mujeres que padecen violencia doméstica (Notas de campo, “plenario nacional”, 2007).

Si bien ciertos temas quedaron pendientes, ya que en el debate algunos sectores del movimiento manifestaron la “necesidad” de debatirlos en profundidad, éstos quedaron instalados en tanto problemáticas (principalmente, el “derecho al aborto”). De este modo, los desafíos que se abren a partir de estas definiciones, implicarán un nuevo punto de partida para todos y todas, en la construcción del movimiento y en el avance de las luchas donde convivan *reconocimiento* y *redistribución*.

Reflexiones finales

A través de esta investigación pude acercarme y explorar las formas de participación de las mujeres que comenzaron a organizarse de manera *autónoma* dentro de un

⁴⁴ El volante no aparecía firmado y cerraba con una frase de las mujeres del Movimiento Sin Tierra de Brasil que dice “Sin la mujer, la lucha va por la mitad...”

movimiento social. Para analizar la forma de construcción del llamado “Espacio de Mujeres” se reconstruyeron sus orígenes, a partir de las primeras acciones impulsadas por las *pioneras*. Vimos entonces que este “Espacio” nace en un contexto de fractura y posterior coordinación de los movimientos en un “frente multisectorial”.

A través de esta reconstrucción, se concluyó que sólo a través de la activa participación de las *pioneras*, llega a conformarse el EM. Sin embargo, estas acciones iniciales, no garantizaban la continuidad en el tiempo. Por ello, me pareció importante recrear las estrategias desplegadas para impulsar la participación de otras mujeres.

Como mencioné en la introducción, el presente trabajo recorrió algunas cuestiones que fueron trabajadas por otros estudios acerca de la participación política de las mujeres – en particular de los sectores populares-. A partir de estas indagaciones, expondré algunas consideraciones finales para continuar reflexiones futuras.

Una de las primeras cuestiones más generales a señalar refiere a la forma de organización que adquiere este *espacio de mujeres*. Más allá de la fuerte impronta *desde las mujeres* y de la forma de *construcción desde abajo* que caracteriza al EM, se advirtieron una serie de tensiones que tuvieron y -en algunos casos tienen lugar- a partir de la organización *autónoma* de las mujeres dentro del movimiento.

Como una forma de caracterizar este *espacio de mujeres*, recuperando toda su complejidad y trayectoria como colectivo, propongo analizarlo desde el par *autonomía/legitimidad*. En los comienzos y como parte de las “necesidades” expresadas, se construye para y desde las mujeres, a pesar de los cuestionamientos de algunos varones. Al tiempo que ellas apuestan a una construcción y *legitimación* de este *espacio* “como una prioridad... como una política del movimiento”. Esta forma de construcción puso en evidencia dos cuestiones: por un lado, introdujo preguntas incómodas, necesarias, in/convenientes, poniendo en tensión varios puntos que se fueron analizando en los apartados anteriores. Por otro lado, desde la organización *autónoma* se construyeron *legitimidades*, cuyo soporte fueron las *prácticas de encuentro, de articulación y de formación*. Y es en referencia a estas *prácticas*, que me gustaría señalar tres cuestiones.

En primer lugar, a través de las *prácticas de encuentro* hay una relación que se va entrelazando y que vincula la posibilidad de volver visibles las formas de violencia (sexual, económica, física y psicológica) con las dificultades para participar en distintos ámbitos. En esta instancia, las mujeres logran significar sus trayectorias, poniendo en palabras problemas que aparecían *confinados* al ámbito privado. Es a través de estas *prácticas* donde se comienza a evidenciar la *trama de significados* entre la violencia y la participación.

Con las *prácticas de formación*, se abrieron debates y se construyeron definiciones colectivas. Considero que este es un proceso abierto, cuyo crecimiento permitirá avanzar en el *reconocimiento* y producción de *demandas activas de derechos*.

A partir de las *prácticas de articulación* construidas con otros espacios de militancia feminista y organizaciones de mujeres, se comenzaron a trazar los puentes para una articulación entre las *luchas de género* y *luchas de clase* que postula Fraser. Sin embargo, estas construcciones que habilitan diálogos, conllevan tareas de *aprendizaje* pero, a su vez, generan tensiones por las diferentes “prioridades” que se ponen en juego. Estas *articulaciones* van dejando marcas, habilitan diálogos que junto con las *prácticas* desplegadas y las trayectorias de las mujeres que lo integran, contribuyen a dotar de una impronta al colectivo. En la convivencia de estos *lenguajes* que dialogan, se recrea la posibilidad de *aprendizaje* mutuo.

La pregunta del principio se vinculaba con la posibilidad de pensar como se van construyendo nuevas *prácticas* que permitan inscribir otras narrativas, que erosionen la

orientación patriarcal de las relaciones. Si trazamos una cartografía de las *prácticas* que se fueron delineando desde este *espacio de mujeres*, podemos pensarlas como *prácticas* que van desestabilizando esas jerarquías, aunque no estén exentas de tensiones y obstáculos. En ese sentido, y siguiendo los aportes de Segato (2003), el desafío ya no estaría en resaltar la excepcionalidad de las *prácticas* como simples *desarreglos*, sino como luchas que buscan inscribirlas en la discursividad dominante, transformando esas *excepciones* y generando otras narrativas.

No podemos perder de vista que las luchas de estas mujeres se producen en momentos en los cuales se están rediseñando los programas sociales destinados a los sectores populares.

En un contexto donde las políticas sociales abogan por una “vuelta a la casa”, las *prácticas* construidas desde el “espacio de mujeres” instalan en el centro del debate tres cuestiones fundamentales: el lugar que ocupan las mujeres en el movimiento pero también en la casa, en el barrio y en otros espacios de participación; las *prácticas* a partir de las cuales se trabaja sobre el *reconocimiento y demanda activa de derechos*; por último, los contenidos de las reivindicaciones y luchas por un “cambio social”.

Como vimos, el camino está iniciado, y los desafíos continúan. Desde sus encuentros, desde sus acciones y marchas, “las mujeres del espacio” anuncian -entre risas y con un tono irónico- “somos malas, ¡podemos ser peores!”

Bibliografía:

Andújar, Andrea 2005 “De la ruta no nos vamos: las mujeres piqueteras (1996-2001)”, Ponencia presentada en X° Jornadas Interescuelas /Departamentos de Historia, Rosario, 20 al 23 de septiembre.

Andújar, Andrea 2006 “Crisis y alternativas en la historia argentina reciente: los movimientos piqueteros (1996-2001)” en *Nuestra América* (Portugal: Ediciones Universidade Fernando Pessoa) N°2, agosto-diciembre.

Bidaseca, Karina 2003 “El Movimiento de Mujeres Agropecuarias en Lucha. Acciones colectivas y alianzas transnacionales” en Jelin, Elizabeth (comp.) *Más allá de la nación: las escalas múltiples de los movimientos sociales* (Buenos Aires: Del Zorzal).

Chejter, Silvia y Laudano, Claudia 2002 *Género en los Movimientos Sociales en Argentina* (Buenos Aires: CECYM).

Colectivo Situaciones 2002 *19 y 20. Apuntes para el nuevo protagonismo social* (Buenos Aires: Editorial De Mano en Mano).

Coller, Xavier 2000 *Cuadernos Metodológicos. Estudio de Casos* (Madrid: CIS).

Cross, Cecilia 2006 “Las estructuras de movilización y las oportunidades políticas en el estudio de los movimientos sociales. El caso de una organización piquetera”, Tesis de Maestría en Ciencias Sociales del Trabajo, Buenos Aires.

Cross, Cecilia 2007 “Luchas, prácticas asociativas y procesos de vinculación política en la zona metropolitana de Buenos Aires. Estudio de casos en cinco organizaciones territoriales vinculadas a la FTV”, Tesis doctoral, Buenos Aires, mimeo.

Cross, Cecilia y Freytes Frey, Ada 2007 “De los planes como herramienta de organización a los desafíos de la autogestión: los dilemas de las organizaciones piqueteras frente a los cambios en la política social”, Ponencia presentada en el VIII Congreso Nacional de Estudios del Trabajo (ASET), Buenos Aires, 8 al 10 de agosto.

Cross Cecilia y Freytes Frey, Ada 2006 “La participación de las mujeres en los movimientos piqueteros. El difícil pasaje de la gestión de lo cotidiano al liderazgo político”, Ponencia presentada en el III Congreso Iberoamericano de Estudios de Género, Córdoba, 25 al 28 de octubre.

Cross, Cecilia y Partenio, Florencia 2005 “La construcción y significación de los espacios de mujeres dentro de las organizaciones de desocupados”, Ponencia presentada en el Encuentro “Mujeres y Globalización”, Guanajuato, 27 de julio al 3 de agosto.

Di Marco, Graciela et. al. 2003 *Movimientos Sociales en la Argentina. Asambleas: La politización de la sociedad civil* (Buenos Aires: Jorge Baudino Editores/UNSAM).

Primer Campamento de Formación en Género 2007 (Buenos Aires) junio.

Fraser, Nancy 1997 *Iustitia Interrupta: Reflexiones críticas desde la posición “postsocialista”* (Bogotá: Siglo de Hombres Editores)

Fraser, Nancy 2001 (1998) *La justicia social en la época de la política de la identidad: redistribución, reconocimiento y participación* (Buenos Aires: Centro de Documentación sobre la Mujer).

Frente Popular Darío Santillán 2004 “Nuestra Política para construir un Presente y un Futuro con trabajo, Dignidad y Cambio Social” en http://www4.autistici.org/mtdenelfrente/politica/ind_politica.htm#arriba#arriba actualización 2 de septiembre de 2007, acceso 12 de diciembre de 2006.

Frente Popular Darío Santillán 2007 “Que es el Frente Popular Darío Santillán?” en <http://www.frentedariosantillan.org/1/index.php?blog=15&cat=175> actualización 20 de febrero de 2007, 15 de marzo de 2007.

Giarraca, Norma (comp.) 2001 “El Movimiento de Mujeres Agropecuarias en Lucha: protesta agraria y género durante el último lustro en Argentina” en *¿Una nueva ruralidad en América Latina?* (Buenos Aires: CLACSO/ASDI).

Gorlier, Juan Carlos 2004 *Comunidades narrativas. El impacto de la praxis feminista sobre la teoría social* (La Plata: Ediciones Al Margen).

Jelin, E. (comp.) 1987 *Ciudadanía e identidad: La mujeres en los movimientos sociales Latino-americanos* (Ginebra: UNRISD).

León, Magdalena de (comp.) 1997 *Poder y empoderamiento de las mujeres* (Bogotá: Tercer Mundo Editores/ Fondo de Documentación Mujer y Género de la Universidad Nacional de Colombia).

Lobato, Mirta Zaida y Suriano, Juan 2003 *La protesta social en Argentina* (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica).

Luna, Lola G. 2004 *Los movimientos de mujeres en América Latina y la renovación de la historia* (México: Creatividad Feminista.org).

Masson, Sabine 2006 “Pensar el feminismo desde los cruces y los márgenes”, Ponencia presentada en el II Encuentro Transnacional de Mujeres Centroamericanas, San José, de Costa Rica, 12 al 13 enero.

Mazzeo, Miguel 2004 *Piqueteros. Notas para una tipología* (Buenos Aires: FISyP).

Merklen, Denis 2005 *Pobres Ciudadanos: Las clases populares en la era democrática: (Argentina 1983-2003)* (Buenos Aires: Gorla).

Molyneux, Maxine 2003 *Movimientos de mujeres en América Latina: Estudio teórico comparado* (Valencia: Ediciones Cátedra).

Movimiento de Trabajadores Desocupados Aníbal Verón 2003 *Darío y Maxi. Dignidad Piquetera* (Buenos Aires: Ediciones 26 de junio).

Movimiento de Trabajadores Desocupados Aníbal Verón 2004 *Tierra Piquetera* (Buenos Aires: Ediciones 26 de junio)

Pacheco, Mariano (2004) *Del piquete al movimiento: De los orígenes al 20 de diciembre de 2001* (Buenos Aires: FISYP).

Palomino, Hector 2005 “Los cambios en el mundo del trabajo y los dilemas sindicales” en Suriano, Juan (dir.) *Dictadura y Democracia (1976-2001)* (Buenos Aires: Sudamericana) Tomo 10.

Partenio, Florencia 2005 “Entre el trabajo y la política: las mujeres en las organizaciones de desocupados y en los procesos de recuperación de fábricas”, Ponencia presentada en el VII Congreso Nacional de Estudios del Trabajo (ASET), Buenos Aires, 10 al 12 de agosto.

Partenio, Florencia y Fernández Álvarez, María Inés 2007 “Ocupación, autogestión y después... Una mirada de género sobre dos procesos de recuperación de fábricas en el área metropolitana de Buenos Aires”, Ponencia presentada en el VIII Congreso Nacional de Estudios del Trabajo (ASET), Buenos Aires, 8 al 10 de agosto.

Segato, Rita Laura 2003 *Las Estructuras Elementales de la Violencia. Ensayos sobre género entre la antropología, el psicoanálisis y los Derechos Humanos* (Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes/Prometeo 3010).

Silverman, Kaja 1992 *Male subjectivity at the Margins* (New York/London: Routledge).

Svampa, Maristella y Pereyra, Sebastián 2003 *Entre la Ruta y el Barrio: La experiencia de las organizaciones piqueteras* (Buenos Aires: Biblos).

Svampa, Maristella 2004 “Las organizaciones piqueteras: actualización, balance y reflexiones (2002-2004)” en Svampa, Maristella y Pereyra, Sebastián *Entre la Ruta y el Barrio: La experiencia de las organizaciones piqueteras* (Buenos Aires: Biblos).